ARROZ TRES DELICIAS

SEXO, RAZA Y GÉNERO

VETE A TU PUTO PAÍS

PUTOCHINOMARICÓN

Chenta Tsai Tseng

PLAN B

CHENTA TSAI TSENG

ARROZ TRES DELICIAS

Sexo, raza y género

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para todas aquellas personas
que crecieron sin referentes
y en algún momento de su vida
se sintieron fuera de lugar

Querides:

Me llamo Chenta, como «ochenta» pero sin la *o*. El libro que tenéis ahora en vuestras manos es un compendio de historias escritas desde mis experiencias vitales, pequeños relatos que tratan sobre mi vida como migrante asiátique del este y disidente sexual y de género en España.

Querría aclarar que esta obra en ningún momento pretende representar a ninguna comunidad, ni a la disidente sexual, ni a la disidente de género, ni a la comunidad asiática racializada. Mi intención es hacer visible una historia entre muchas contadas en primera persona, porque para mí es importante que nuestros relatos vitales se empiecen a narrar con nuestras propias palabras, desde nuestras experiencias, a través de nuestras voces, con el fin de evitar que otres las manoseen.

También me gustaría destacar que este libro me ha servido como herramienta para aprender más sobre mí mismo. Aunque mencione datos históricos, quería destacar que no soy historiador y que toda la información proviene de fuentes externas y datos que he recogido a lo largo del proceso de escritura.

Dicho esto, espero que disfrutéis del libro que tenéis en vuestras manos.

Con cariño,

CHENTA

I

Arroz tres delicias
Instrucciones

TW (avisos): racismo, capacitismo, transfobia, homofobia, especismo

Antes de cocer el arroz, hay que lavarlo tres veces —como mínimo— en agua fría hasta que esta salga clara, para retirarle el exceso de almidón. Os recomiendo removerlo y amasarlo entre los dedos para limpiarlo mejor, ya que en algunos casos ni con tres lavados se quita del todo.

Y es que se ha infiltrado en lo más profundo de nuestros poros,
nuestra piel,
nuestra memoria.

Lo que de verdad da miedo es que nunca nos demos cuenta. O peor aún: que no lo queramos ver.

Me lo recuerda mi tía siempre que voy a Taipéi, ciudad en la que nací un 20 de diciembre de 1990.

—Eres una banana (香蕉); blanco por dentro, amarillo por fuera.

Me ofendió la primera vez que escuché ese término. Por su ruda simpleza y porque, en parte, llevaba algo de razón.

Siempre he rechazado mi identidad.

Odiaba ser chino, disidente sexual.

Odiaba la incomodidad que esto suponía.

Y le di la espalda hasta que mi paciencia empezó a quebrarse.

Un apaño rápido.

Mi resistencia era inútil.

Aunque no quisiera ver la realidad, los demás sí que la veían.

Y me colocaban en esa otredad. En el cajón de objetos misceláneos,

difíciles de etiquetar y agrupar, que acaban amontonados, sellados y olvidados en el desván.

A los once meses migré junto con mis padres a España, la edad suficiente como para empezar a pronunciar algunas palabras y dar los primeros pasos, la edad en la que empiezas a comprender lo que pasa a tu alrededor.

Aunque hubiera nacido en Taiwán, no siento ningún arraigo o pertenencia alguna.

Ni allí.

Ni aquí.

Porque soy «extranjero» cuando voy a Taiwán: indican y señalan mis comportamientos occidentales, mi chino mandarín chapurreado, mis atuendos. Porque soy «extranjero» cuando estoy aquí: la gente me señala por mis ojos, mi color de piel y mi pelo. Me costó aceptar mis raíces, mi cuerpo como territorio político racializado, hasta el lavado del arroz.

Una vez quitado el almidón, se pone a cocer en un cazo el mismo volumen de agua que de arroz. Cuando está listo, muchas personas lo sacan del cazo y no lo toman hasta que deja de humear para que quede el grano bien terso. Yo prefiero dejarlo en la cocedora. Me gusta que el arroz sea húmedo y blando. Permean mejor los sabores. Hace que cada bocado sea distinto, que cada grano de arroz tenga sus propias riquezas, su propio sabor.

Homogeneizarnos.

Pensar que somos una comunidad unidimensional.

Para mucha gente es incomprensible que una persona «racializada» pueda ser otra cosa más. Recuerdo la primera vez que escuché ese término. Fue en el patio de la casa de P., une compañere racializade y disidente sexual, mientras preparábamos las pancartas para el bloque migrante racializado del Orgullo Crítico. Recuerdo cómo me explicaron que era una manera de referirnos a aquellos cuerpos que sufren el racismo institucional o social.

Y es que nuestro entorno no nos lo ponía fácil. No había referentes racializados de disidencia sexual en la televisión en los noventa, menos aún asiátiques o disidentes sexuales. Aunque no pudiera verbalizarlo, estaba en busca de otras personas que se asemejasen a mí. Es importante identificarnos en nuestra totalidad. En nuestro conjunto de todos nuestros componentes. Interseccionar, no diseccionar, y manifestar la suma de opresiones que nos componen como personas íntegras.

En una sartén se añaden la zanahoria rallada y una lata de guisantes. Basta

con rehogar un poco y añadimos los huevos batidos. Mi madre me enseñó un truco que consiste en batir los huevos con un chorrito de agua, así se alarga su rendimiento y queda más elástico.

Mi madre es una cocinera nata; es la única persona que conozco, además de mí, que no prueba la comida mientras la cocina. Me decía que su talento se debía a las muchas horas que pasaba en la cocina observando y haciéndole compañía a mi abuela, que era una madre soltera encargada de cuatro niñes. Mi madre aprovechaba estos minutos para desahogarse, respirar; era el único momento del día en el que mi madre podía compartir unos pocos minutos con mi abuela antes de que esta cayera exhausta en la cama después de algún trabajo mal pagado, cosiendo paraguas o lavando coches para dar de comer a sus cuatro hijes. Curiosamente, mi madre y yo seguimos esa pequeña tradición familiar.

Compartimos esa tranquilidad en la cocina, contándonos nuestras vivencias.

No sé por qué tardé tanto en salir del armario con mi madre.

Me acuerdo perfectamente del día. Esa noche, después de contárselo, a mi madre se le quemó el huevo por primera vez en su vida. La cocina olía a humo y al día siguiente tiraron la sartén y se compraron una nueva. Como si nada hubiese cambiado. Como si nada hubiera pasado y nada se hubiese dicho esa noche.

Teniendo máxima cautela para que no se quemen, vertemos los huevos batidos sobre el sofrito de vegetales y el jamón, y dejamos que cuaje removiendo todo para que el huevo quede en tiras. En pedacitos.

Es sorprendente lo poco que nos conocemos a nosotres mismes, aturullades por el ruido de la ciudad, por los quehaceres y los no haceres. Mi primer acercamiento a mi propia deconstrucción fue cuando se me quebró la voz en clase de coro. Cantábamos «Memory» de Andrew Lloyd Webber. Siempre fui el único chico soprano; las demás que estaban en el coro eran chicas cis. Podía llegar a las notas más altas de todo el coro. Más tarde descubrí que aquella era una forma de reclamar mi feminidad. Hasta hace relativamente poco, no entendía por qué esto me importaba tanto. El día que se me quebró la voz, salí corriendo del aula de música con la cara roja y los ojos hinchados llenos de lágrimas. Ahuyentado por la humillación, sentía que quería salir de mi propio cuerpo y que mi cráneo me impedía la salida.

—Está cambiando de voz, se está haciendo un hombre.

Todas se empezaron a reír y a cuchichear entre ellas. Ese día volví pronto a casa.

Unos días más tarde, mi padre me llevó al médico.

El doctor me dijo que tenía puberfonía.

Que con terapia se me curaba.

Descubrí que no era así.

En realidad, forzaba la voz para que sonase más aguda porque para mí cambiarla representaba la masculinidad que tanto detestaba. Reclamaba mi feminidad desde la voz, siendo soprano. Me colocaba en la disconformidad. Que me cambiase la voz implicaba que no podía ser como las otras chicas del coro. Mi voz había sido la prueba de que yo también podía ser como ellas, aunque no quisiera ser ni lo uno ni lo otro. Desde entonces no hablé en público durante dos años. Ahora me entero de que mi experiencia fue resultado de mi disconformidad con mi género asignado, una primera aproximación al descubrimiento de mi negación del género binario.

Una vez revuelto el huevo, ya solo falta echar el arroz en la sartén y removerlo todo para servirlo bien caliente.

El gran dilema del arroz tres delicias son los tres ingredientes que lo componen.

Es muy extraño cómo en mi familia se obvian los temas de identidad. Nunca se ha hablado sobre la cultura taiwanesa, sobre la cultura china, más allá de que celebrásemos el año nuevo lunar.

—Mamá, en Taiwán, ¿cuáles son las tres delicias que utilizamos?

Mi madre no pudo contestar a esta pregunta. Qué raro...

¿Acaso comemos el arroz tres delicias en Taiwán?

¿Acaso es un plato de origen chino?

Para mi sorpresa, los tres ingredientes fueron inventados por nuestres hermanes chinoamericanes por cuestiones de supervivencia. Según las fuentes, venían de las sobras que dejaban los que tenían el monopolio de contratación de les chines que fueron explotades, para acompañar los dos o tres tazones de arroz por día de trabajo que cobraban a cambio de construir el ferrocarril transcontinental americano. Poco a poco, estes trabajadores fueron mostrándose tan rentables que se hicieron grandes «importaciones» desde el otro continente y, cuando en 1869 se terminó de construir el ferrocarril, miles de chines quedaron vagando por Estados Unidos.

Nuestres hermanes buscaron la manera de sobrevivir comiendo las sobras que dejaban los demás y así nacieron los rollitos de primavera, los chopsuéis y el arroz tres delicias: restos más o menos comestibles y reciclados.

Miles de elles murieron a causa de la miseria en estados como Utah y California, pero algunes lograron sobrevivir montando casas de comidas y lavanderías para les blanques, y pronto lograron agruparse hasta conformar toda una nueva sociedad.

Es hora de que reclamemos nuestros espacios y contemos nuestras experiencias, nuestras vivencias en primera persona. Esta es una de las grandes reivindicaciones de la lucha antirracista de la que hoy formo parte: ser nosotres quienes hablamos por nosotres, abandonar ese lugar de no enunciación en el que nos han situado: invisibilizándonos, haciéndonos desaparecer en una sociedad que se autodefine como blanca sin reconocer su propio mestizaje, una sociedad que ejerce racismo hacia nosotres y que nos intenta imponer una forma de pensar, de ser, de amar y de existir.

Que no nos roben... ni silencien nuestras voces...

Así se hace el arroz tres delicias.
Desde las sobras,
desde los desechos, los insultos y los escupitajos,
desde la furia y la rabia de haber sido excluides únicamente por ser.
Es la fuerza que tenemos dentro.
Del querer recoger todas tus piezas
y recomponerlas de una en una,
otra vez.

II

No, pero ahora en serio

¿De dónde eres?
No, pero ahora en serio, ¿de dónde eres?

Se me hace un nudo en la garganta cuando recuerdo las veces que me han preguntado de dónde soy «de verdad».

—Es que hablas muy bien español.

Como si fuera un elogio, algo por lo que sentirme orgulloso.

—Gracias, tú también —le respondo. Él se lo toma a guasa y sigue hurgando. Añoro los tiempos en los que rellenábamos el silencio incómodo de palique sobre el clima.

—Pero tú... ¿naciste aquí?

—Sí —suelo contestarles, aunque no sea cierto, porque siento que igual soltarle a un desconocido una presentación de PowerPoint sobre mi vida en lo que queda de trayecto en taxi es un esfuerzo innecesario.

La verdad es que nací en el distrito antiguo de Taipéi, Taiwán, un 20 de diciembre a las 10.45 de la mañana; horóscopo, Sagitario; horóscopo chino, caballo de metal. Quiero pensar que mi parto no interrumpió el desayuno de mi madre, porque, al igual que yo, no es una persona mañanera.

—¿Y tus padres también son de aquí?

Eso pone en nuestros documentos, aunque el plástico de mis uñas de gel me represente mejor que el plástico de policarbonato de mi documento nacional de identidad. Veréis, aunque en la parte trasera de mi DNI ponga

que mi lugar de nacimiento fue Taipéi-Taiwán, dice que soy de la provincia/país de China, ya que Taiwán no está reconocido oficialmente por la ONU. De este tema no quiero hablar, ya que desconozco los conflictos entre Taiwán y China más allá de lo que he leído y visto en las redes y en la televisión. Es también doloroso sentir que no puedo conectar con el conocimiento de mis ancestres, la historia completa de alegrías y tristezas, de júbilo y de pena. Todo lo que sé y podré saber de China y de Taiwán siempre estará contaminado de saberes eurocéntricos, euroblancos. Mi tierra de origen (conocida por los ibéricos como Formosa o Isla Hermosa, y que estuvo bajo control español cuando una colonia del Imperio español se ubicó al norte de la isla en el siglo xvii) es más un cuento distorsionado por los medios de comunicación que un relato generacional y familiar. Es un tema del que además no se habla en casa, solo se cuenta que mi abuelo paterno se refugió en Taiwán junto con Chiang Kai-shek tras la derrota de los nacionalistas frente a los comunistas en 1949. Mi padre me dijo que a aquellos que se refugiaron en Taiwán tras la guerra civil en China los llaman *Wai Sheng Ren* (extranjeres). El abuelo de mi madre tuvo más suerte, ya que su viaje a Taiwán fue justo antes del estallido de la guerra civil. Era comerciante y, en uno de sus viajes de negocios, se enteró del comienzo de la guerra y se quedó en la isla; allí conoció a su esposa —también de la etnia han, grupo étnico de China que constituye la mayoría de la población en Taiwán—, concibieron a mi abuela y, de ahí, mi madre.

—Por eso no tienes tanto acento. Eres prácticamente español —me dice.

Gente de mierda. Entre las preguntas, la calefacción y el olor a pies en el coche, decidí no contestarle, ya que sabía que me iba a enfadar. Siempre digo que los cuidados y el autocuidado forman parte del activismo, y no siempre tenemos que hacer pedagogía. Hacerlo o no es igual de válido. Aun así, cabría pensar que, de tanto escucharlo, uno se acostumbra, pero no es así. Se hace pesado y pone a prueba tu paciencia. Sé que no lo hacen con mala intención, me repito, aunque molesta que me etiqueten eternamente como el «extranjero perpetuo» (*perpetual foreigner*), por no ser lo suficientemente ciudadano español al ser racializade. Por pertenecer a esa otredad que me incomodaba de niñe, pero que al crecer me empoderaría.

Mis padres se conocieron en la Universidad de Tamkang. Ambos estudiaron Filología Hispánica y me trajeron a España cuando tenía apenas once meses.

—Se podría decir que sí, que soy prácticamente español, aunque realmente, ahora mismo, no sé ni siquiera lo que soy —le contesté.

Y tenía razón. Conseguí la nacionalidad española a los doce años; hasta entonces me habían considerado chino, aunque hubiera nacido en Taiwán por cuestiones políticas y relaciones de interés. Tampoco me quedé en Taiwán el tiempo suficiente como para alimentar un sentimiento de arraigo, sino una añoranza y una nostalgia de una identidad que solamente pude estudiar en cintas de VHS, en las fotos de la familia, y en el olor a humedad que se filtraba en el aeropuerto cuando aterrizábamos cada verano que volvíamos para visitar a nuestra familia.

—¿Cómo que no? —me preguntó, mientras pitaba a un coche que se había quedado parado ante el semáforo verde.

Mi identidad ha sido construida desde la mirada occidental, de lo que es o lo que debería ser una persona asiática del este. Me siento incómodo hablando como taiwanés o chino, ya que mis experiencias vitales están construidas sobre la base de las experiencias de una persona racializada migrante que vive en Occidente.

Me considero un territorio político ante todo, porque entiendo mi identidad y mi racialidad en su contexto, en su dimensión política; entiendo que, por ser migrante racializade asiátique del este, la interacción, la relación y la articulación de mi cuerpo con los demás cuerpos será distinta; que, aunque sea ciudadano español y mis documentos así lo demuestren, estaré expuesto a problemáticas más complejas como la xenofobia; el racismo social, estructural o institucional; la homofobia...

Como dice Dorotea Gómez Grijalva, autora de *Mi cuerpo es un territorio político*:

> Asumo mi cuerpo como territorio político debido a que lo comprendo como algo histórico y no biológico. Y, en consecuencia, asumo que ha sido nombrado y construido a partir de ideologías, discursos e ideas que han justificado su opresión, su explotación, su sometimiento, su enajenación y su devaluación. De esa cuenta, reconozco a mi cuerpo como un territorio con historia, memoria y conocimientos, tanto ancestrales como propios de mi historia personal.

El taxista me miró a través del retrovisor.
—Todo era mucho más fácil con Franco —susurró.
No debería haberle dado ese euro de propina.

Cuando te digo china china china del alma,
tú me contestas chinito de amol.
Cuando te digo chino chino chino del alma,
tú me contestas chinita de amol.

Chinita tú, chinito yo.

Chinito tú, chinita yo.
Y nuestlo amol así selá, siemple siemple igual.

Cuando te digo china china china del alma,
tú me contestas chinito de amol

«Chinita de amol», Miliki

III

La Power Ranger amarilla

El salón de un pequeño apartamento de Vallecas se convertía en el escenario de une niñe cuya caja de juguetes se le quedaba pequeña, ya que jamás tendría suficientes juguetes como para ocupar la realidad que tanto detestaba. Me es complicado hablar sobre él ya que hace mucho que no lo siento. Lo conozco por fotos, grabaciones de cintas, figuras de plástico que aún conserva. Y por lo tanto hablo en tercera persona. Porque lo que os voy a contar ahora tiene parte de verdad y parte de ficción.

Aprovechando que su madre estaba en la cocina o de charleta con la vecina, y su padre de camino a casa, cerraba la puerta con pestillo, apagaba las luces, corría las cortinas impacientemente y por fin podía respirar.

Cuando le preguntaban qué quería ser de mayor, siempre respondía que quería ser informático como su padre, pero los dos sabemos que era mentira.

En realidad, él no quería ser hombre. Era lo que más temía del mundo. Pero no lo sabría hasta pasados unos años. Él quería ser una princesa. De esas de cuentos de hadas. Cuando nadie le veía, cogía dos mantas del armario y se ponía una en la cabeza con una cinta para que no se cayera y otra alrededor de la cintura, imitando el patrón de una falda tubo.

Cogía una de sus cintas favoritas, la de Blancanieves, la metía en el reproductor y recreaba las escenas al pie de la letra. Su escena favorita era aquella en la que Blancanieves se escapaba del cazador al que había enviado la reina para matarla en el bosque. Porque sentía que él estaba en un lugar parecido. Escapándose de algo. No sabía exactamente de qué. Ni por qué. Pero Blancanieves era su vía de escape y le permitía descansar de ser él mismo durante esa hora y veintiocho minutos.

Blancanieves tenía como compañía a los animales del bosque. Él tenía

amigos imaginarios escondidos en su cuarto. Ella encontró su refugio en la cabaña de los siete enanitos, y ese niñe en aquel salón oscuro.

Sus vecines eran amigues de sus padres, y así fue cómo se hizo amigue de R. Una amistad por defecto, como la mayoría de las amistades que forjamos durante nuestra infancia.

Los padres de R. llevaban un bar y a veces llegaban un poco tarde, así que mi madre nos cuidaba a les dos.

Para él, R. era una hermana. Compartían cromos, universos y gustos hacia los mismos príncipes. Ella, por el contrario, siempre quería ser príncipe, así que se compenetraban muy bien.

Su universo era mucho más grande que el de aquella niña.

Al ser une hije únique que había migrado con su padre y su madre, nunca entendió el concepto de familia. Así que siempre se sentía abrumade cuando venía la familia de R. a visitarlos. Así es cómo conoció a J.

El padre de J. tenía un negocio al lado del bar de R., y vivían a unas manzanas de su casa. J. tenía una buhardilla oscura solo para él y cuando le visitaban pasaban horas jugando al nuevo juguete que le habían comprado esa semana. Quedar con J. significaba no jugar a ser princesa, porque se aburría y su padre decía que eso era una cosa de «niñas y maricones». Así que siempre que estaba J. tenían que jugar con sus juguetes.

Un día su padre le regaló un set de los Power Rangers. A la hora de escoger los muñecos, le asignaron por defecto a Trini, la Power Ranger amarilla. Aquelle niñe quería la rosa. No entendía el porqué. Trini era el único referente que tenía cuando era pequeñe. En la tele no había referentes asiáticos más que aquellos que enseñaban en series estadounidenses como la de los Power Rangers, o aquellos que eran demonizados por el «peligro amarillo» (*the yellow peril*) en la cultura occidental.

Tenía menos de siete años y no entendía el concepto de raza.

—¿Por qué me habéis dado la Power Ranger amarilla?

—Porque eres chino, y los chinitos son amarillos. Mira.

J. le agarró del brazo y lo puso junto al suyo. No sabía si era por lo oscuro de la buhardilla, o por el calor que hacía, que no distinguía el color de su propia piel.

—Pero yo no soy chino.

—Mi padre me dijo que erais chinos porque tenéis los ojos así. —J. se achinó los ojos. R. se rio. Él se rio nerviosamente por educación.

Era la primera vez que alguien le llamaba chino. Era la primera vez que alguien le llamaba amarillo. De vuelta a casa, en la cocina, le contó a su madre lo que había ocurrido en la buhardilla cuando estaba jugando con J. y R. Su madre soltó una pequeña risa mientras movía la sartén con una mano.

—Xiǎobǎobèi, claro que eres chino. Y eres amarillo.

Aunque se mirase más veces en el espejo, seguía sin ver el amarillo. Igual no veía que era diferente. Pensaba que con agua y con jabón podía quitarse el color y ser como J. y R. Pero el supuesto amarillo no se iba. Aunque no se viera amarillo. Cuánta razón tenía.

Porque el color amarillo era, en realidad, un constructo. La relación conceptual entre los asiáticos del este y la piel amarilla no se produjo hasta el siglo xviii, cuando Carlos Linneo (1707-1778) nos aplicó esa etiqueta por primera vez, aunque en el mismo siglo que Linneo varios filósofos, como David Hume, John Stuart Mill o Immanuel Kant, ya tocaron el tema. Kant categorizó todo su proyecto de la modernidad y la Ilustración en cuatro razas humanas. Cada una tenía una peculiaridad: a la raza asiática y amarilla la consideraba impotente y difícil de ánimos. Por lo tanto, el pensamiento legitimado de Occidente contribuyó con diversas teorías a la construcción del imaginario asiático desde su mirada hegemónica blanca.

Marx también cayó en ese orientalismo, refiriéndose al modo de producción asiático. Y si nos vamos más atrás, Platón y Aristóteles (y la mayoría de los filósofos griegos) se apropiaron de ideas de pensadores del norte de África, la península arábiga y el Oriente asiático. Lo sorprendente es que, tras incorporar esas ideas, también establecieron esa separación de elles/nosotres con todo lo no griego, que hoy en día se interpreta como no blanco. ¡Aristóteles incluso llegó a decir que todo lo no griego, y por tanto bárbaro, estaba destinado a la esclavitud! Como veis, en los argumentos de los grandes filósofos también encontramos capacitismo, misoginia, racismo...

Volviendo al color amarillo como constructo, según Michael Keevak, en el libro *Los viajes de Marco Polo* les chines eran descrites como blanques.

En el siglo xviii, en los registros de los misioneros se informa de que el color de piel de les japoneses y otras personas asiáticas del este era claramente blanco. En un principio, Linneo utilizaba el adjetivo en latín *fuscus* para describir el tono de piel de los asiáticos. *Fuscus* significa «oscuro».

En la décima edición del libro *Systema Naturae* (1758-1759), nuestro tono se describe como *luridus*, que significa «amarillo claro o pálido».

El naturalista alemán Johann Friedrich Blumenbach (1752-1840) fue más allá y aplicó una etiqueta diferente: «mongólico». Considerado el fundador de la anatomía comparada, hizo algo más que utilizar la palabra en latín *gilvus* («amarillo claro»), para describir nuestro tono de piel. Implicó a los mongólicos, una palabra con una connotación amenazante y complicada para los europeos, que recuerda a Atila el Huno, Gengis Kan y Tamerlán.

La etiqueta de amarillo estaba cargada de discriminación, exclusión y violencia, ya que su creación fue producto del racismo científico; de la

creencia, a partir de hipótesis y técnicas pseudocientíficas que apoyaban o justificaban el racismo, de que existía una raza superior a las demás. «Creando» un color de piel y calificando determinados rasgos de «mongólicos» —ojos mongólicos, mancha mongólica— e incluso llamando a un síndrome —el de Down— «mongolismo», les occidentales daban a entender que «raza amarilla» era sinónimo de anormalidad, lo cual es, además, capacitista y neurocapacitista, al igual que todo el proyecto de racialización y colonialidad. Y, por si fuera poco, también hay una lectura de género: se vinculó a la raza amarilla con el Oriente misterioso y «femenino».

También respondieron a la llegada de les migrantes asiátiques con el *yellow peril*, un término con connotaciones negativas, arraigadas en la competición económica y la regresión social y política. La codificación de color y su intención se hacen patentes cuando se consideran los beneficios de la jerarquía que pone todo lo que no sea blanco por debajo de lo blanco.

IV

El Chinito Chin-Chun-Fa

Todavía siento una afinidad especial hacia aquel lugar que llamé mi hogar hasta los doce años: Vallecas. Todo, desde la primera muñeca que me compró mi padre en el Don Dino de la avenida de Albufera, hasta mi primer vestido, confeccionado por mi vecina Mari, con quien pasé la mayor parte de mi infancia soñando y paseando por los grandes bazares y mercados cercanos. De todos estos lugares, al que más cariño le tengo es a la academia de ballet y kárate que estaba al lado de casa.

Aquella academia fue un espacio seguro para mí, un refugio al salir de clase. Como para muches niñes que eran, bajo la mirada normativa, «diferentes», para mí el colegio era un lugar hostil. Inconscientemente sabíamos que éramos «diferentes» y no teníamos vocabulario, ni referentes ni el conocimiento necesario para defendernos. Ir al colegio evidenciaba aún más las diferencias: las miradas extrañadas de padres y madres, las pequeñas (y grandes) segregaciones que se producían en el aula por ser el único asiático del este de todo el colegio, aquellos padres que no dejaban a sus hijes jugar conmigo por ser racializado o porque iba vestido de Blancanieves a las fiestas... Y lo peor era sentir que el problema era solo mío.

Durante una de las clases en el cole, nos pusimos en un círculo achinando los ojos y cantando «El chinito Chin-Chun-Fa». Afortunadamente, aprendí a utilizar estas experiencias a mi favor y a empoderarme con ellas. Pero este empoderamiento no justifica ningún acto de opresión.

La academia de ballet y kárate era un espacio seguro no solo porque yo no fuera el único racializado de la clase, sino porque era un lugar donde no se

evaluaba ni discriminaba por orientación sexual, color de piel o por el origen de tus padres. Un lugar donde podía vestirme como quisiera sin miedo al *bullying,* o ir con los tacones de mi madre y bailarme todas las coreografías de las Spice Girls (gracias, mamá, y siento haber desmontado tu armario tantas veces).

Un lugar donde temas como el racismo o la disidencia sexual se hablaban de forma abierta, educativa y respetuosa. Donde se denunciaba la intolerancia, donde había aliades que sabían que para que su hije tuviera una buena educación, no solamente debían cuidar de sus propies hijes, sino también de su entorno y de los demás. Readaptando lo que dijo Jane Jacobs, la gran urbanista, tiene que haber ojos en las aulas.

Ojalá más sitios fueran como esa academia. Espacios seguros donde se permite a les niñes crecer y descubrir quiénes son.

El otro día pasé por Vallecas de nuevo y vi que este lugar tenía colgado un cartel de «Se alquila». Espero que no se convierta en otro Starbucks.

V

Chinito de amol

Durante todos mis años de estudio, siempre he sido el único asiático del este en todas las clases a las que he asistido. Ser el único estudiante de estas características tenía sus ventajas y sus desventajas. Por ejemplo, el profesor siempre se acordaba de mi nombre. Lo bueno de esto era que me prestaba más atención y, cuando tenía dudas, sentía que me hacía más caso que a los demás. En cambio, nunca podía faltar a ninguna clase.

Otra ventaja era la de poder jugar la carta del «estudiante extranjero», para aprobar aquellas asignaturas en la carrera que me resultaban difíciles, porque pensaban que tenía un «problema con el idioma».

El problema venía cuando en clase se trataban temas relacionados con tu raza. Un ejemplo podría ser cuando, durante la clase de francés de mi hermana, el profesor le enseñó a todes les alumnes un vídeo de una investigación periodística sobre cómo, en una granja china, despellejaban vivos a unos animales. Aquí había tres problemas: el primero, lo racista que era señalar esa práctica como salvaje cuando en la tele española se normalizan las corridas de toros. ¿Por qué no señaló también la tauromaquia o la caza? El segundo, cómo deberíamos abolir la industria cárnica, las granjas peleteras, las industrias de las pieles y un largo etcétera. Y el tercero, que mi hermana notó que la reacción negativa de la mayoría de sus compañeros de clase no era el resultado de ver cómo funcionaban las granjas peleteras o el mundo especista en el que vivimos, sino de haber visto «cómo aquel chino estaba asesinando a aquel animal».

—Qué asco dan los chinos —oyó.

Mi hermana me contó que, después de la clase, fue al baño a llorar de humillación.

Cuando te digo china china china del alma,

tú me contestas chinito de amol.
Chinita tú, chinito yo.
Chinito tú, chinita yo.
Y nuestlo amol así selá, siemple siemple igual.
Cuando te digo china china china del alma,
tú me contestas chinito de amol.

Otro ejemplo mucho menos dramático es una experiencia personal que viví de pequeño, cuando estaba en la guardería, y que me contó mi padre.

Cada mes, nuestra profesora organizaba una especie de asamblea y teatro para que los padres pudieran ver el progreso y valorar el aprendizaje de sus criaturas. Organizábamos coreografías que acompañaran una serie de canciones que cantábamos sin hacerles gran justicia. Eso es amor de padres: ir a ver a tu hije con una bolsa en la cabeza, haciendo de árbol, arruinando una recopilación de canciones populares con otres niñes, sin sincronización alguna y durante media hora. En una de las asambleas, nuestra profesora nos asignó, entre muchas otras, la canción del «Chinito Chin-Chun-Fa».

Las profesoras mandaron una notificación a los padres que decía que, para la siguiente asamblea, teníamos que ir «vestidos de chinos». Ojalá pudiese volver al pasado para ver la cara de mis padres hecha un cuadro al leer aquello. Pero ahí no acabó todo. La coreografía consistía en mover la cabeza de un lado a otro mientras nos achinábamos los ojos. Mi padre me dijo que la profesora se reía porque yo me achinaba los ojos como el resto de mis compañeros blancos. Y la verdad es que, al volver a pensar en esto, me hace gracia lo ignorantes que éramos. Y diréis que solo es una canción infantil y que en las canciones infantiles nadie se salva. Sí, tenéis razón, el problema es que la broma haría más gracia si no existiera el racismo estructural, ese racismo que lo impregna todo: las leyes, las políticas públicas, las normativas... Cuando sales del contexto de la broma y te instalas en la realidad, ves que la ley de extranjería —uno de los tantos ejemplos institucionales del racismo estructural— vulnera la vida de las personas racializadas y de las migrantes, y cómo siguen existiendo los Centros de Internamiento para Extranjeros (CIE) y todas las fronteras, las visibles y las invisibles.

En cuanto a referentes racializados, el problema es que, en los años noventa —y me atrevería a decir que hoy en día también— la representación de les asiátiques orientales y, por tanto, los referentes, tenían siempre connotaciones despectivas.

Que solo existan canciones infantiles que estereotipan nuestra raza, que solo existan películas en las que salgan personas no racializadas

interpretando papeles de asiáticos (es decir, haciendo *yellow facing*) o dibujos animados en los que nos caricaturizan, era y sigue siendo peligroso, porque solamente se visibiliza la ridiculización sin tener la contraparte, que serían los referentes asiáticos que necesitamos. Esto crea un imaginario colectivo erróneo, estereotipado y racista de nuestra raza. Y si no, hagamos un ejercicio: nombremos a diez referentes asiático-españoles con quienes hayamos crecido en los noventa.

—...

Exacto. No los había. Y sigue habiendo un déficit de representación. Gemma Chan, actriz y modelo británica de origen asiático, una vez dijo que era «más probable ver a un alienígena en una película de Hollywood que a una mujer asiática. Si la sociedad no está representada con precisión en la pantalla, nos quedamos con una imagen distorsionada del mundo».

¿Y por qué es importante que haya referentes? Porque lo único que consigue la falta de representación de personas racializadas es que no nos incluyan en el imaginario colectivo y nos coloquen en la otredad, en lo desconocido, fomentando aún más el racismo y la xenofobia. Por otro lado, estaban aquellas personas no racializadas ni asiáticas cuya mirada nos despersonalizaba al analizar nuestra historia, nuestra cultura y nuestra comunidad desde lejos. Por eso siempre reivindico que reclamemos y ocupemos los espacios que nos han quitado, y que contemos nuestras historias desde nuestras experiencias vitales y desde nuestras voces, y que elles aprendan cuáles son sus espacios y sus lugares, que no usurpen nuestro lugar de enunciación.

Es curioso cómo una persona asiática construye su identidad desde la mirada occidental y lo que esta considera que implica ser asiático; desde el imaginario de las canciones infantiles, las series de televisión donde muestran a personajes estereotipados, como Apu de *Los Simpson*, o la demonización de les chines en los medios de comunicación. Y cómo años más tarde tenemos que deconstruirlo todo.

VI

Luis Tseng de Los Piston

Los padres de R. tenían un bar al que íbamos a comer muy a menudo. Se llamaba Bar E. y se encontraba en un rincón de Vallecas, a menos de cinco minutos andando desde el antiguo apartamento de mis padres.

El primer referente asiático español que tuve, a los once años, fue Luis Tseng, cantante y bajista de Los Piston, una banda española de pop. Le conocí mientras el padre de R. zapeaba en el televisor del bar, un aparato ancho colocado en lo alto de una pared. Salían en las noticias de Antena 3, con un joven Matías Prats como presentador.

—Difícil de creer, pero es cierto. Cuatro jóvenes valencianos arrasan en el mercado del disco de Taiwán. Llenan estadios con más de cuarenta mil personas y son un fenómeno de fans. El secreto, entre otros: cantan en chino. Señoras y señores, con todos ustedes, Los Piston.

—我能说一点中文. Esto significa que sé un poquitín de chino —dijo Luis Tseng sonriendo al público.

—¡Chenta, mira!

No podía quitar la vista del televisor. Me acuerdo de la sensación que me produjo ver, por primera vez, a una persona asiática del este hablando en español. Luis Tseng pertenecía a la diáspora taiwanesa, como yo. Había nacido en Valencia el 14 de septiembre de 1983. No era una persona no racializada vestida con un *biàn zǐ* y atuendos tradicionales chinos achinándose los ojos con los dedos mientras daba saltitos de un lado a otro del plató, exagerando la mala pronunciación de la erre. Tampoco era una noticia en la que apareciéramos despellejando animales, siendo el hazmerreír o víctimas de un chiste racista malo.

Era la primera vez que veía a una persona asiática y no una «representación» de ella. Punto pelota. La noticia sonaba de fondo:

—... Y aunque esto suene a chino, no se lo pierdan... Esperan

contagiarnos la fiebre amarilla...

Qué orgullo. Significaba poder mostrar a la gente de mi alrededor lo que era pertenecer a la diáspora, que reconocieran nuestra existencia sin tener que añadirnos florituras ni exotificarnos, sin tener que fomentar estereotipos malévolos ni cantar sobre imperios chinos o discos voladores. Su canción «El móvil» fue la banda sonora de ese año para mí. Me acuerdo de que, siempre que aparecía su videoclip en los canales musicales de Quiero TV de casa, lo grababa otra vez por si perdía la copia anterior.

VII

I.Y. YUNIOSHI

En uno de los *sketches* de Cruz y Raya, José Mota interpreta al Doctor Han Xiao Rodrigáñez. En el *sketch*, el doctor es entrevistado en su clínica de acupuntura, Tian Ti Mao.

—Buenas tardes, doctor. Son todos ustedes orientales, ¿no? ¿No es así, doctor?

—Bueno, no exactamente —contesta el doctor—, yo soy de Alcafrán, con unos esparadrapos en los ojos haciéndome pasar por chino.

Con pocas palabras y en un *sketch* de menos de tres minutos, José Mota logró exponer con brillantez una de las problemáticas que había y sigue habiendo en nuestra cultura y en los medios: la ausencia de referentes racializados y la práctica discriminatoria del *yellow facing*, el *brown facing*, el *black facing* y el *red facing*. El *yellowface* es una práctica de maquillaje teatral, utilizada por actores y actrices no racializados, para caricaturizar a personas de Asia del este imitando sus rasgos físicos, apropiándose de sus comportamientos y exagerándolos y distorsionándolos de forma estereotipada.

Este recurso se ha utilizado abundantemente en Hollywood en películas como *La gran muralla*, protagonizada por Matt Damon, o *Resacón en Las Vegas*, así como en otras protagonizadas por actrices de la talla de Emma Stone o Scarlett Johansson. También lo encontramos en la representación de la *yakuza* y las tríadas chinas en los filmes y series, la peli de Batman *The Dark Knight* y *Apocalypse Now*. *The Walking Dead* y *Fast & Furious* son dos producciones que presentan a protagonistas asiátiques casi por primera vez en historias predominantemente blancas, pero estos morían muy violentamente solo para ilustrar alguna motivación de un villano puntual.

Los estereotipos también están presentes en la fantasía del hombre blanco republicano solitario que salva a dos jóvenes hmong en *Gran*

Torino, o en películas oscarizadas tan recientes como *The Snipper* y *Argo,* que refuerzan la islamofobia. Ocurre algo muy parecido en la serie *The Big Bang Theory*, donde Raj, el protagonista de origen indio, está desexualizado, tiene mutismo selectivo y representa al estereotipo de indio *nerd*, que además de racista es capacitista y sexista. En *Jurassic Park* y *Jurassic World* el villano es un científico asiático con aspiraciones maquiavélicas.

En *Star Wars Episodio VIII: The Last Jedi* aparecía la primera mujer asiática protagonista (Kelly Marie Tran) y esta recibió las críticas de todos los fans hombres y blancos, que la obligaron a cerrar sus redes sociales y le dejaron secuelas emocionales. Cabe mencionar también la saga de Fu Manchú, un famoso villano chino creado por Sax Rohmer durante la época en la que se estaban extendiendo en Norteamérica el miedo y el odio hacia los asiáticos del este, fenómeno al que ya he aludido y conocido como el *yellow peril* o «peligro amarillo».

El peligro amarillo empezó a finales del siglo xix y fue una propaganda antiasiática que nació del miedo a que les asiátiques fueran a «tomar el control de, invadir o asiatizar Estados Unidos». Fu Manchú fue un personaje que reunía todos los estereotipos distorsionados de lo que era, según Occidente, un asiático. Era un villano exotificado, con estudios superiores, inteligente (fomentando la idea de minoría modélica), que, mediante métodos arcanos, utilizaba su inteligencia para atacar a los personajes principales (blanques casi todes). Más allá de la problemática del peligro amarillo, el rol de Fu Manchú a lo largo de la saga fue interpretado principalmente por personas blancas haciendo *yellowface*: Christopher Lee en *The Face of Fu Manchu*, Henry Brandon en *Los tambores de Fu Manchú*, y Nicolas Cage en *Grindhouse*. Otro dato curioso que hay que destacar sobre la saga de Fu Manchú es cómo surgió la idea detrás de este personaje tan conflictivo. Sax Rohmer, sin conocimientos previos sobre la cultura china, decidió poner en marcha esta serie tras haber deletreado C-H-I-N-A-M-A-N en su tabla de ouija cuando le preguntó quién era el rival más peligroso del hombre blanco.

El recurso del *yellowface* en Hollywood no se ha utilizado únicamente para despertar un sentimiento antiasiático, sino también para ridiculizarnos. Uno de los ejemplos más claros es el de I.Y. Yunioshi, el casero japonés de Audrey Hepburn en la película *Desayuno con diamantes* (1961), que, cómo no, fue interpretado por un actor de raza blanca, Mickey Rooney, de nuevo haciendo *yellowface*. Como si hacer *yellow facing* no fuera suficiente, Mickey Rooney parodia y caricaturiza a una persona asiática del este con una actuación estereotipada, luciendo unos dientes exagerados y gafas de montura gruesa y hablando con un imperdonable acento «asiático». Al otro lado del espectro, también hubo estereotipos más sutiles, como la caricaturización de la mujer asiática subversiva y

sexualmente promiscua. Lo irónico es que haya habido actrices que han sido galardonadas en los Oscar a pesar de haber hecho *yellow facing*, como el caso de Linda Hunt, quien ganó en 1982 un Oscar con su papel como Billy Kwan en *The Year of Living Dangerously*; o el de Aline Macmahon en 1944, nominada a un Oscar por *Dragon Seed*.

El *yellowface* en España también parte de un lugar parecido, ya sea por motivos meramente cómicos, como en el caso de *Los payasos de la tele* y su interpretación de «Chinito de amol», o para fomentar un sentimiento antichino, como en el del programa especial de Nochevieja de Televisión Española del año 2017, un ejemplo perfecto del uso del peligro amarillo como estereotipo. Entiendo que parte de la razón para que haya habido tan pocos referentes asiáticos en los medios es que la migración chino-española o, como en mi caso, taiwanesa-española— fue tardía. Según Joaquín Beltrán Antolín, profesor del departamento de Traducción e Interpretación y de Estudios de Asia Oriental de la Universitat Autònoma de Barcelona, los primeros taiwaneses llegaron entre 1954 y 1973, exceptuando casos aislados y la migración propiciada por las relaciones diplomáticas con Taiwán, con la consiguiente llegada de estudiantes taiwaneses, algunos de los cuales se establecieron en España de manera permanente. Mi familia y yo, sin ir más lejos, migramos en 1991. Esto puede ayudar a entender que, en España, la práctica de retratar a personas asiáticas desde el cuerpo no racializado «disfrazado» de «chino» fuera muy recurrente y común, aunque no por ello dejara ni deja de resultar conflictivo hacer *yellowfacing*.

Os dejo un extracto de la canción con la que cerró aquel programa especial en Televisión Española:

Hoy me pregunto qué puede pasar
cuando los chinos se hagan con España.
Pero que quieran recortar la siesta es imposible,
es imposible.
No me imagino que será de mí
si sus costumbres vamos importando,
si voy a ser capaz de conseguir
comerme con palillos los garbanzos.
Dicen que son gente seria
con muy buenas intenciones.
Si hay un español canino,
llegará un magnate chino
y lo forra de millones.
Cómo te atreves a creer
que vayan a cerrar todos los bares
y los sustituirán por Todo a 100,
peluquerías chinas y bazares.

Cómo te atreves a decir
que vayan a invadirnos poco a poco.
La capital será Pekín
y la nueva constitución
estará en chino mandarín.

«Bienvenido Mr. Wan-Da» (2017)

Recordemos la *Operación Dragón*, la redada en Cobo Calleja o a quienes se manifestaron en el polígono industrial del Carrús (Elx, Alicante) contra los almacenistas y empresarios asiáticos asaltando y quemando una nave industrial de «calzado chino», acompañado todo ello de gritos e insultos como «chinos de mierda», «chinos fuera» o «iros a vuestro país».

Que los medios fomenten este tipo de sentimiento antichino es peligroso, y el uso del *yellowface* viene ligado históricamente al «peligro amarillo».

Además de esto, el *yellowface* nos pinta como una comunidad homogénea, unidimensional, reduciéndonos a todos a un estereotipo y una imagen conflictiva. Fomenta el etnocentrismo, ese paradigma anticuado según el cual las preferencias, las tradiciones y la moral de las personas blancas eran lo único que importaba en la sociedad occidental, y que además era celebrado y reconocido, pese a alejarse de la representación realista y auténtica de las personas racializadas. Nuestras historias no importaban a menos que se pudieran utilizar para el humor o la ridiculización. Nos recuerda a un tiempo en el que a los actores y actrices racializados se les negaba cualquier papel por el mero hecho de ser personas racializadas, aunque ese papel fuera el de una persona racializada. En un artículo para *Teen Vogue*, Jenn Fang llegó a afirmar: «El culmen del privilegio blanco es que se considere que las personas no racializadas están mejor preparadas que las asiáticas para interpretar a un personaje asiático».

Vernos representades de manera caricaturesca repetidamente es una experiencia deshumanizante. Porque nos dice una y otra vez que no tenemos control sobre la forma en que se nos representa en público.

Un glan mago del Oliente, Kin Kan Kun, el adivino,
me enseñó su glan secleto; que ela el supeldisco chino.
¿Qué es aquello que reluce en lo alto del palillo?
¿Es un pájaro, un avión, un satélite, un platillo?
¿Qué es aquello que da vueltas como el aspa de un molino?
Es un rollo que es divino, es el superdisco chino.
Disco, disco, chino, chino, fino, filipino.

Disco, disco, disco, disco, chino, chino, chino, chino,
[fino, fino, fino, filipino.

«Super disco chino», Enrique y Ana

Los chinitos en la Chinasangria
cuando no tienen qué hacer,
tiran piedras a lo alto
y dicen que va a llover

«Los chinitos», canción de comba

Un chinito estampado en un gran jarrón
fue acusado de decir:
¡Yan-tse-amo-oua-ting-i-pong-chong-kí!

«Chon-Ki-Fu, Cri-Crí»

Soy el chinito Chin-Chun-Fa,
que vengo de la China, na.

«Chinito Chin-Chun-Fa»

Soy el chino capuchino mandarín,
de la era, de la era del Japón, pon, pon.

«Soy el chino capuchino», canción de juego

VIII

El episodio del cachorro

El episodio del cachorro se emitió por primera vez el 30 de abril de 1997. Yo tenía apenas diez años. Era habitual que viéramos la tele mientras cenábamos y, por costumbre, yo siempre era el último en abandonar la mesa, intentando prolongar el tiempo de descanso antes de volver a hacer los deberes. Era el único momento del día en el que podía ver la tele tranquilamente. Mi madre me acompañaba, y, como a la hora en la que cenábamos no ponían dibujos animados, veíamos los *sitcoms* que ponían en TVE2. Así es cómo descubrí la serie de Ellen y el episodio que me cambiaría la vida. El capítulo narra cómo el personaje protagonista, Ellen Morgan, se da cuenta de que es lesbiana al conocer a Susan, la productora de un viejo amigo suyo periodista, Richard, que había ido a su ciudad a hacer un reportaje. Su nombre no os sonará y es irrelevante porque solamente aparecerá en dos episodios. Pasan un rato charlando amigablemente y disfrutando de su mutua compañía hasta que Susan le dice a Ellen que ella es lesbiana y cree que Ellen también lo es. El episodio trata sobre el rechazo inicial a ese comentario y el descubrimiento personal de Ellen Morgan de su sexualidad después de cuatro temporadas e ingentes risas enlatadas. Gracias a Oprah, su terapeuta en el episodio, Ellen descubre que nunca ha sentido esas emociones por nadie más que por Susan. Tras descubrir su realidad, recibe un mensaje de Richard, que dice que tiene que dejar la ciudad antes de lo previsto, y se apresura para llegar al aeropuerto para despedirse y hablar con Susan. Ellen le dice a Susan que tenía razón, aunque se resiste a pronunciar la palabra. Al final se atreve a decir: «Soy homosexual». El episodio me produjo sentimientos encontrados, aunque en ese momento esos sentimientos estaban aún en desarrollo y yo era demasiado joven aún para entenderlo. Mi madre no dijo nada durante el episodio, aunque yo sabía que bajo aquella sonrisa

ocultaba la misma incomodidad que sentía yo.

Y me acordé de aquella vez que estaba sentado en el comedor del colegio y un niño me llamó gay por primera vez. Él me lo dijo de buenas, pero mi reacción no lo fue.

–Qué asco —me dije.

Aunque realmente no encontraba ni entendía el porqué. La mezcla de olores a ensalada, lejía y humedad de la lluvia no ayudaba. Me acordé de cuando, estando en la guardería, durante un concierto besé a los otros niños hasta que uno de ellos me empujó diciendo que los niños no podían besar a otros niños, que los besos se guardaban para las niñas.

Me acordé del carnicero del barrio al que visitaba cuando acompañaba a mi madre para hacer recados. Y es que nunca había visto a una persona homosexual, excepto en un libro que me compró mi padre en la FNAC, un libro blanco ilustrado para niños. En la portada, escrito en rojo, el título en letras grandes decía: «¿Qué es el sexo?». En una de las páginas del libro salían dos hombres cogiéndose de la mano. Esa era mi única referencia.

Jesús Vázquez fue otro referente que apareció más tarde.

—Qué pena que sea gay —me repetían mi madre y Toñi, la mujer que nos cuidaba cuando mis padres estaban trabajando.

Estas dos figuras eran importantes para mí. Recuerdo pasar horas mirando a Jesús Vázquez en la tele, intentando ver lo que los otros presuntamente veían de malo en él. Intentando verme reflejado en su personalidad, en su rostro, en su forma de ser.

Por eso y por ser un niño tímido e introvertido, desarrollé una relación con el televisor. Era el único lugar donde aparecían personas que supuestamente eran como yo. Personas que nunca encontraría en las aulas, en los pasillos, en el colegio...

IX

B-A-N-A-N-A-S

Hay un término peyorativo con el que nos llaman a la diáspora china cuando hemos nacido o crecido en un país occidental y hemos perdido contacto con la identidad cultural de nuestros padres. «Banana.» 香蕉人. Porque somos «amarillos por fuera y blancos por dentro».

La primera vez que lo oí fue a los siete años de edad, cuando mi tía se reía de mi acento al hablar en chino mandarín y de mi poco interés por aprender esta parte de mi cultura. Lo peor es que yo lo hacía intencionadamente. Era reacio a mi propia cultura. A mi propia raza. Tuve una crisis de identidad que perduró durante toda mi infancia y adolescencia, y parte del motivo era la forma en que éramos y seguimos siendo retratades en los medios, además de la forma en que nos percibimos y nos perciben desde la construcción y la mirada occidental.

Cuando encendía el televisor apenas encontraba referentes y los pocos que había eran personas como Mickey Rooney haciendo *yellow facing*, parodiando los tópicos y los estereotipos de les asiátiques del este. Cuando ojeaba con curiosidad las revistas taiwanesas de mi madre, equivalentes al *¡Hola!*, salían anuncios de cremas blanqueadoras o de lentillas circulares para agrandar los ojos y disimular su rasgado. Cuando hablaba con amigos veía que la palabra «chino» se asociaba a todo lo negativo, lo impuro, lo barato: por ejemplo, que «a Fulanito le han engañado como a un chino», o que pusieran un cartel de «Perros no y chinos tampoco» en un episodio de *Aída*. Vamos, que, viéndolo con perspectiva, mi entorno no jugaba a mi favor y, menos aún, me ayudaba a resolver mis conflictos de identidad personal.

Mis padres notaron este rechazo, y no tardaron en apuntarme a uno de los primeros colegios chinos que hubo en Madrid. Me acuerdo perfectamente del primer día de clase. Al colegio acudían mayormente

niños de la diáspora taiwanesa. Se daba clase los sábados de nueve a cuatro, si no me equivoco. Recuerdo pensar que nunca había estado en un espacio con tantas personas racializadas.

Siempre he pensado que, cuando perteneces a un grupo que ha sido considerado una minoría, desde muy temprana edad desarrollas una conciencia y una madurez respecto a tu cuerpo como territorio político. Me acuerdo de que durante los recreos compartíamos experiencias sobre racismo y xenofobia, aunque, como no sabíamos verbalizarlo e identificarlo, nos limitábamos a contarnos historias muy similares a pesar de no conocernos ni saber nuestros respectivos nombres. Los recreos y la hora de la comida duraban el doble de tiempo que las clases. Creo que los mismos profesores eran conscientes de la importancia de que nos encontrásemos entre nosotros. Y de que la enseñanza del idioma era relevante, pero no la intención principal. Quizás por eso no aprendí y sigo sin haber aprendido a escribir en chino mandarín.

Allí empecé a interesarme por artistas taiwaneses (Jolin Tsai, Jay Chou, SHE), formé mi primer grupo de baile —organizando una coreografía al ritmo de la canción de «Who Do You Think You Are» de las Spice Girls— y forjé amistades con las que hoy en día sigo manteniendo el contacto. Mientras no me llamen banana otra vez, todo bien.

X

Has nacido para esto

Si os soy sincero, no me acuerdo de cómo conocí a I. De lo que me acuerdo es de que un día acabé en Urgencias, cuando jugábamos al escondite inglés en su azotea y me tiró de un segundo piso a los siete años de edad. Me acuerdo del impacto, de cómo fueron a pedir ayuda a nuestros padres y de que lo primero que me preguntó mi padre, al verme tirado en el pavimento, fue cuánto eran dos más dos; también recuerdo cómo I. se asomaba por la barandilla mientras yo intentaba reírme para salir de esa situación recurriendo al humor, a pesar de que iba a acabar hospitalizado y con la espalda casi rota. Cuántas veces habré utilizado el recurso del humor y me habré reído para librarme de situaciones parecidas. Cuando mis amigos no racializados soltaban chistes racistas y me reía por el miedo a parecer exagerado por ofenderme, o cuando las personas de mi entorno se sentían incómodas. Siempre recurría al humor como método de escapismo, aunque en el fondo sabía que me estaba haciendo daño. Así se forjó la amistad con I.: anteponiendo sus necesidades a las mías. I. vivía en un chalet en la periferia de Madrid. Tardaba una media hora en llegar a su casa, y aprovechaba los trayectos en el coche de mi padre para soñar. Plegaba el asiento trasero para ir tumbado. Delante de mí siempre había una bolsa del Eroski llena de mandarinas. Que yo recuerde, nunca comía mandarinas en el coche, ya que odiaba su olor y la sensación pringosa que te dejaban en los dedos. Lo que me gustaba sobre todo era la selección de CD que reproducía mi padre: Simon & Garfunkel, John Denver, Eagles o Joan Baez. La música siempre nos unió a mis padres y a mí. De hecho, la música tenía un papel muy importante en nuestras vidas desde que era pequeño. Me cuentan que me llevaban a conciertos de música clásica cuando todavía no había nacido, que de niño me ponían la canción de «Look Down» de *Les Misérables* encerrado en mi cuarto con las persianas

bajadas como castigo cuando me portaba mal... Era de esperar que tarde o temprano acabara estudiando música. La madre de I. fue mi profesora de piano durante bastante tiempo. Fue una gran maestra. Me daba clase todos los sábados por la mañana. El salón daba a un pequeño jardín, y siempre que tocaba el piano se oía ladrar a King, el perro de sus vecinos. Pasaba muchos fines de semana en casa de I. Aunque teníamos nuestras diferencias, I. fue mi primera amiga de descendencia asiática del este. Me acuerdo de lo extranjero que me sentía en su casa. Estaba acostumbrado a estar rodeado de personas no racializadas, y de pronto constataba que me encontraba entre gente como yo.

I. era la hija perfecta: una estudiante de dieces. Se le daban bien las matemáticas, pasaba su tiempo libre en clases de refuerzo y en academias y tocaba el violín y el piano. Para mí era una persona modélica. Aspiraba a ser como ella algún día. Mis padres siempre la utilizaban como ejemplo, como sujeto de comparación.

—¿Por qué no se te dan bien las matemáticas como a I.? Tienes que jugar menos y estudiar más.

A diferencia de ella, yo no era un estudiante modélico. Quizás esté siendo duro conmigo mismo; igual sería más justo decir que mi talento subyacía en otro lugar, en lo artístico. En todo caso, como muchos otros padres, los míos infravaloraban mi talento artístico.

Me imagino que parte de la personalidad y la estricta disciplina de I. vino por influencia de su padre, uno de mis primeros profesores de violín. A veces, cuando terminaba antes las clases de piano y me quedaba en el cuarto junto a donde I. estaba practicando el violín con su padre, escuchaba comentarios parecidos a los que me hacían mis padres.

—Si no te esfuerzas, un día Chenta va a tocar mejor que tú.

A veces I. salía con lágrimas en los ojos. Me acuerdo de que cuando lloraba se le hinchaba la cara. A veces pagaba su frustración conmigo. Yo me dejaba, porque en aquel entonces sentía que parte de la culpa también la tenía yo. A veces su padre nos enseñaba a les dos. A. era un profesor estricto, a diferencia de mi profesora de piano. No cuestiono que lo hiciera con las mejores intenciones, pero sí que siento que, en mis quince años como estudiante de música (desde los cinco), muchos profesores que he tenido han confundido la pedagogía con el maltrato a les estudiantes. Siento que, desde que su padre empezó a enseñarme a tocar el violín, I. y yo nos fuimos enemistando. Porque me veía cada vez más como un competidor y no como a un amigo.

Me acuerdo de una conversación que oí, en la que A. le dijo a mi padre que, para que yo fuera buen violinista, tenía que dejarle ser estricto conmigo. No culpo a mi padre, ya que él solo quería lo mejor para mí e hizo muchos sacrificios para que mi hermana y yo tuviéramos la mejor educación y la mejor situación posible. Mi padre siempre quiso que fuera

violinista. Fue un sueño frustrado arrastrado generación tras generación en nuestra familia. Aun así, yo odiaba el violín. Me acuerdo de cómo al principio mi padre me tenía que coger en brazos por las piernas para ir a las clases los fines de semana. Yo no me dejaba, me agarraba al asiento del coche, suplicándole y gritándole que no quería ir. Sorprendentemente, acabé presentándome al conservatorio para estudiar violín. Entré con un diez. Los profesores alababan mi oído absoluto y cargaban sobre mis espaldas la frase que escucharía varias veces a lo largo de mi vida y que llevaría en mi mochila hasta los veinte años: «Tú has nacido para esto».

Esa misma frase la escuché en clase de Matemáticas. Nunca se me dieron bien las matemáticas, pero mi profesor insistía en lo contrario. Y cuando se me daban mal, o cuando sacaba peor nota que los demás niños de mi clase, sentía que era mi culpa. Era mi culpa que, a pesar de todas las clases extracurriculares y las clases de refuerzo, todavía no fuese el mejor de la clase.

El profesor de violín que me dijo que había nacido para tocar ese instrumento fue el mismo que me paró en mitad de un recital y me dijo que me bajara del escenario porque: «Tocaba como una mierda». Sentía el peso de mi mochila, cómo iba cargándose de expectativas que sentía que estaban fuera de mi alcance, que no se ajustaban a quien yo era.

Al fin y al cabo, si I. podía, ¿por qué yo no?

Si I. era una estudiante sobresaliente, ¿por qué yo no?

Si I. era una persona socialmente considerada como «asimilada, obediente, respetuosa y educada», ¿por qué yo no?

Si I. era una mujer cis heterosexual que aspiraba a formar una familia estructural tradicional y cisheteronormativa, ¿por qué yo no?

Y, mientras intentaba levantarme de la caída e I. me miraba desde la barandilla, descubrí que nunca iba a ser como I. Ni pensaba serlo. Porque estábamos viviendo bajo la lógica de la minoría modélica.

A mediados del siglo pasado, los estadounidenses de origen asiático eran conocidos como la «minoría modélica», una construcción política que ha beneficiado a la mayoría a expensas de las minorías. La minoría modélica es un grupo demográfico —que suele asignarse a la comunidad asiática— de cuyos miembros se percibe que consiguen un éxito socioeconómico más alto que la media del resto de la población. La noción de minoría modélica aparece también porque las comunidades asiáticas forjaron muchas alianzas con las Panteras Negras y el movimiento afrodescendiente por los derechos civiles en Estados Unidos. Fueron cruciales, junto a comunidades negras, latinas e indígenas, a la hora de descolonizar las universidades y fundar programas de Estudios Étnicos. Es entonces cuando aparece el concepto de minoría modélica para desestabilizar y dividir el movimiento antirracista.

El éxito de la minoría modélica se suele valorar por el nivel de ingresos,

el nivel educativo, el bajo índice de criminalidad o el alto grado de estabilidad familiar. El término de minoría modélica apareció por primera vez en un artículo del sociólogo William Petersen publicado en el *New York Times* en 1966:

> Hoy en día, los estadounidenses de origen asiático se encuentran entre los grupos étnicos más prósperos, mejor educados y con mayor éxito de Estados Unidos [...]. ¿No será que han mantenido sólidas estructuras familiares biparentales y unas redes sociales que se cuidaban mutuamente? Han puesto un enorme énfasis en la educación y el trabajo duro, y de ese modo han convertido los falsos estereotipos negativos en algo verdadero y positivo, ¿no? ¿No será que no todos los blancos son racistas o que el sueño americano aún pervive?

Y en la portada de la revista *Time* de agosto de 1987 aparecían seis niñes estadounidenses de origen asiático bajo el titular «Those Asian-American Whiz Kids». El concepto de minoría modélica no solamente es problemático porque fomenta estereotipos que, aunque sean positivos, siguen siendo racistas: «A les asiátiques se os dan bien las matemáticas, pertenecéis a clases sociales acomodadas, sois estudiantes sobresalientes, respetuoses y obedientes y os habéis adaptado a la sociedad occidental». Además, homogeneiza a la comunidad asiática, desatendiendo problemas y circunstancias como la clase y la barrera del idioma. Discrimina a las demás comunidades racializadas al plantearles la pregunta de por qué la comunidad asiática ha podido salir adelante a pesar de todo el racismo institucional, mientras que otras no lo han hecho. Obvia asimismo la historia de les estadounidenses de origen asiático, quienes sufrieron el racismo institucional de la Ley de Exclusión de Chinos del siglo xix, el sentimiento antichino, el concepto de peligro amarillo o los campos de concentración para japoneses en Estados Unidos, que alojaron a unas 120.000 personas.

XI

Bad Puppy

Dani, Jose, Alasdair, Ivor y yo éramos la típica pandilla de perdedores que se escondían en el rincón menos transitado y deseado del patio de recreo.

Nuestra amistad se forjó por nuestro odio compartido hacia las clases de Educación Física y en torno a las firmas falsificadas de Jay para evitarlas. Como es lógico, siempre éramos los últimos en ser escogidos para los equipos, así que pasábamos el tiempo suficiente esperando en la fila como para conocernos y crear una amistad medianamente cercana.

En ocasiones quedábamos después de clase para merendar y pasar la noche en casa de uno de los cuatro.

Mi casa favorita era la de Jose porque sus padres nunca estaban.

El día del estreno de *La amenaza fantasma*, Dani se quedó a dormir en mi casa. Mi padre me había enseñado a conectar el cable del internet al ordenador, pero este estaba guardado en el tercer cajón del armario de mi padre para que no me metiera en las redes antes de terminar los deberes. Era la época en la que navegar por internet solo se hacía en ocasiones especiales, por lo menos en mi caso. Esa tarde, mis padres no estaban en casa. Aburridos, nos conectamos a internet, ya que era el único del grupo que lo tenía. Por aquel entonces uno empezaba a picotear su sexualidad y sentía curiosidad por el cuerpo desnudo de los demás; en mi caso, por el cuerpo de un hombre cis.

Dani quería ver mujeres desnudas, pero yo insistía en ver primero el cuerpo de un hombre desnudo.

Entré en yahoo.com. Tecleé «Tíos en bolas» y entre los primeros en la lista de los resultados salió badpuppy.com, una página web de porno gay.

Sacamos una calculadora para calcular la fecha de nacimiento que teníamos que insertar para tener la edad mínima para entrar en la página. Y nos metimos. Por curiosidad.

Nunca había visto a un hombre desnudo, a excepción de los torsos de actores de Hollywood que salían en alguna película de tarde de Telecinco.

Imprimí la página en blanco y negro porque la impresora se había quedado sin cartuchos de color y la escondí al lado de la caja donde guardaba mis dientes de leche.

—¡Qué asco! ¿Qué haces mirando esto? Yo quiero ver a tías en bolas —me dijo Dani.

Me acuerdo de la sensación que me produjo. Como si me entrara más aire del habitual en el cuerpo.

Una sensación de euforia y vergüenza. Me producía placer ver aquellos cuerpos desnudos, pero a la vez rechazo por los comentarios de Dani.

—Es que son estas cosas las que te hacen raro. Qué asco, tío.

Fuimos a ver *La amenaza fantasma* y después de aquello no volvimos a hablar sobre lo ocurrido. Dudo si él se acuerda todavía de ese día. Yo aún conservo esa hoja impresa de badpuppy.com.

XII

孽子 Nie Zi – Los chicos de cristal

There are no days in our kingdom, only nights. As soon as the sun comes up, our kingdom goes into hiding, for it is an unlawful nation. We have no government and no constitution, we are neither recognized nor respected by anyone, our citizenry is little more than rabble...

Pai Hsien-Yung, Crystal Boys (1983)

Los veranos los pasábamos en casa de mis abuelos en Zhonghe, un distrito del centro de la ciudad de Nuevo Taipéi. No tenía amigues, así que pasaba la mayor parte del tiempo pegado a mi tío, perdido en su habitación, entre pilas de CD de juegos de la Play pirateados. Olía a tabaco Davidoff, menta y Ambipur de lavanda. Mi abuela odiaba el olor a humo y por eso no entraba en la habitación de mi tío. Igual por eso me gustaba quedarme allí.

Sentía conexión con mi tío. Junto con mi padre, era la única figura masculina que tenía cuando era pequeño. Mi tío tenía el pelo cortado a tazón, llevaba Wayfarers, una chaqueta de cuero Faux y fumaba un paquete al día, como los rebeldes de la tele. No teníamos nada en común excepto nuestra pasión por los videojuegos y las películas de terror. Fingía que me gustaban las *power ballads* de los noventa que ponía para parecerme más a él.

Aquel año mi tío salía con la que más tarde sería mi tía y aprovechaba todos los fines de semana para llevarnos a mí y a mi hermana en su deportivo rojo por Taipéi. Mi trayecto favorito era cuando iba a recoger a mi tía a la oficina. Igual porque el trayecto era corto y no sentía la obligación de conversar. Ella trabajaba en uno de los bloques de edificios que estaban cerca del Palacio Presidencial de Taipéi, Zǒngtǒngfǔ, en

Zhongzheng, construido durante el periodo de la ocupación japonesa de Taiwán. Al lado del palacio se encontraba el New Park, ahora conocido como el 228 Memorial Park.

Si no me falla la memoria, el parque tenía unos muros pintados con personajes de dibujos animados, y, siempre que pasábamos por allí, mi hermana y yo tratábamos de identificar los personajes uno por uno.

Un día decidimos preguntarle a mi tío si podíamos ir al parque. Mi tío se rio.

—Ese no es un parque para niños. Está lleno de pervertidos y maricones.

Resulta que el New Park era una zona de *cruising* para los gais, un espacio de encuentro popularizado por Pai Hsien-Yung al hablar sobre el lugar en su libro *Crystal Boys*.

Mi hermana todavía no sabía lo que significaba ni maricón ni pervertido, así que preguntó inocentemente.

—Es cuando a un chico le gustan los chicos.

No me acuerdo de cómo reaccionó mi hermana, pero en ese momento sentí que se caía otro de mis mitos, que se me tensaban el cuerpo y los ojos. Yo era uno de elles, y que mi tío les hubiera llamado así me dolió como si hubiera dirigido ese insulto directamente hacia mí.

—Espero que con la reforma echen a esos pervertidos del parque. Ya tenemos suficientes problemas con la economía de este país.

Reí por educación.

—Qué asco.

Desde entonces, siempre que cruzábamos por el parque, miraba a ver quién entraba y salía de él, buscando a otra persona que fuera igual que yo. No estoy solo, me dije. Pero no entendía por qué por ser gay era sinónimo de ser un pervertido.

XIII

TONGZHI

Desde los noventa se empezó a utilizar el término *tongzhi* (同志) para referirse a las minorías y disidencias sexuales, especialmente en Taiwán, Hong Kong y China. La palabra *tongzhi* se traduce literalmente por «camarada». La apropiación del término se produjo gracias a Michael Lam (林邁克), columnista de la revista hongkonesa *City Magazine* (號外), y este se popularizó a partir de la inauguración del festival de cine lésbico y gay de Hong Kong en 1989, con el objetivo de representar relaciones no heterosexuales y ofrecer una palabra alternativa al término formal *tóngxìnglìan* (同性戀), criticado por ser demasiado clínico y por tener connotaciones patológicas y capacitistas.

Aunque en sus inicios se distinguía el género (*tongzhi* masculino y *tongzhi* femenino), el término empezó a albergar un significado más fluido e inclusivo, que abarcaba cuerpos y disidencias sexuales no normativas.

Históricamente, la homosexualidad había estado reconocida y tolerada, aunque no aceptada del todo en la antigua China. Después de haber sido invadides y conquistades por las potencias occidentales entre mediados y finales del siglo xix, les intelectuales chines empezaron a cuestionar las tradiciones de su propia cultura e intentaron occidentalizarse para modernizarse como nación. Ocurrió durante los tiempos en los que en Occidente la homosexualidad llegó a ser considerada una enfermedad psiquiátrica. La mirada patologizadora de la homosexualidad y otras actitudes homofóbicas en China coincidieron con la adopción de la tecnología occidental y otras ideas consideradas progresistas. Como detalle curioso, el ideograma chino 他, que tiene el radical de persona (人) a la izquierda, se utilizaba como pronombre de género universal, hasta que se adoptaron las ideologías occidentales y se pensó que sería buena idea buscar un pronombre de tercera persona específico para las mujeres. Es así

cómo se comenzó a utilizar 她 (que contiene el radical de mujer: 女) para referirse a «ella» y 他 se quedó para «él». La pronunciación de ambos es la misma (tā). A lo largo de los últimos años se ha intentado retornar al género neutro universal y hay varias propuestas, como la de usar simplemente «ta», tal cual.

Para personas no binarias o bisexuales, dependiendo del contexto, existe el término 阴阳人 (personas *yin yang*), que presentan cualidades andróginas. El personaje principal de la novela clásica china más conocida (*Sueño en el pabellón rojo* o «红楼梦») se clasifica como tal. Y, en cuanto a los roles de género, es muy interesante la historia de la ópera china y el fenómeno del *cross-dressing* (los papeles de mujer los interpretan actores masculinos) y la transformación de cara con las máscaras (变脸).

A partir de 1949 la homosexualidad comenzó a ser castigada, hasta que, en la década de 1980, el gobierno declaró la política de puertas abiertas, lo que permitió el desarrollo de la comunidad *tongzhi*. En el año 2001, la clasificación china de trastornos mentales (Chinese Classification of Mental Disorders, CCMD-3) dejó de considerar la homosexualidad como una enfermedad, aunque sí mantuvo el diagnóstico de que se asemejaba a la homosexualidad egodistónica. Al igual que en Occidente, todavía falta mucho para llegar a disfrutar de derechos civiles completos.

En 1983 se publicó la novela *The Crystal Boys*, del escritor Pai Hsien-Yung. Este trabajo literario fue una de las primeras novelas chinas que trató asuntos relativos a la homosexualidad y en él se cuestiona la opresión que sufren los homosexuales. La novela discurre en la década de 1970 y la acción se desarrolla en parte en el New Park, el punto de encuentro de homosexuales en Taipéi del que antes hablaba, cerca del Palacio Presidencial. Antes de la alcaldía de Chen Shu-Bian y su replanteamiento urbanístico conocido como The Capital's Nucleus Project, que pretendía transformar Taiwán en una ciudad «feliz y esperanzadora para los ciudadanos», el New Park era uno de los espacios más famosos del *cruising* entre los hombres gais. Pero después desapareció de la memoria colectiva. Hubo resistencia por parte de la asociación TSAN (Tongzhi Space Action Network), que utilizó *Crystal Boys* como medio de articulación de sus reivindicaciones, y desde entonces se politizó el libro, marcando un hito en la historia gay por su representación de los setenta, del *underground* y de los trabajadores sexuales.

XIV

Tribus urbanas y los *heavis* de la Gran Vía

—A las diecisiete horas en la puerta del McDonald's de la Gran Vía.

Mis amigas del instituto y yo forjamos nuestra amistad por defecto. Nos unían Evanescene, la impuntualidad y el aula de música en el sótano del instituto, donde pasábamos muchas horas escondidas cantando y comiendo pipas. Hacía unos meses que no las veía, ya que aprovechábamos algunos veranos para volver a Taiwán para visitar a nuestra familia. La necesidad de verlas y quedar con ellas crecía exponencialmente. Con ellas no tenía que utilizar el humor como arma para integrarme en conversaciones vacías ni indicar que yo era el elefante rosa en la habitación, la excepción en el grupo de amigos, el que tenía que poner en evidencia su otredad y reírles las gracias a los demás para ser aceptado. Cuando volví de Taiwán el verano de 2004, cambié los caquis y mis camisetas de la sección de fórmula joven por unos pintalabios negros y unas cadenas que colgaban sobre mis vaqueros rotos *oversized*. Llevaba el pelo engominado con gomina Gatsby y me lo ponía de punta como los chicos de los grupos de *visual kei*. Poco sabía que tiempo después mis atuendos acabarían siendo el tema central de muchas anécdotas y cenas incómodas. Quería ser como los *heavies* de la Gran Vía. Miraba deseante, voyerísticamente, cómo pasaban mientras esperaba en la puerta del McDonald's a mis amigas del instituto. Como iconos de carne y hueso que, además de formar parte del imaginario social de la ciudad, visibilizaban otras maneras de hacer y de ver las cosas. Me imagino a Miguel Trillo sacando la cámara y capturando el momento, asombrado por sus cinturones de bala o los pins que adornaban sus chaquetas de cuero. La moda, o por lo menos los atuendos, apuntalaba la música que escuchábamos. Hip Flow y MTV eran mis únicas fuentes y, gracias a ellos, empecé a escuchar a Ariana Puello, a Will Pan (潘瑋柏) o a Missy Elliott en mi iPod, descargando las canciones desde el Limewire y el eMule. No me atraían sus atuendos tanto como el sentido que les daban.

Aunque no supiera verbalizarlo, sentía que los utilizaban en su conjunto como herramientas de resistencia política. Me atraía la inconformidad de las personas que se exhibían, que intentaban ser diferentes, pero también formar parte de algo. Vestirse diferente, pertenecer a una subcultura, no era una herramienta puramente estética, sino de unión, de empoderamiento. Me viene a la cabeza *Sugar Coated*, un documental sobre la subcultura lolita, en la que una de las entrevistadas habla de cómo esta tendencia la ayudó a hacer frente a su trastorno alimentario. Salvando las distancias, encontraba en la indumentaria un sentimiento de aceptación, de poder expresar todo mi enfado, en primer plano. Era otra manera de crear comunidad desde el descubrimiento personal, desde la idea de que formabas parte de algo más grande, de que había otras personas que se sentían tan solas como tú mientras transitaban por las calles de Madrid con los auriculares puestos para evitar escuchar comentarios de mierda, escondiendo la cara detrás de la *Loka Magazine* en los vagones del metro para evitar miradas inoportunas.

Había pocos lugares donde ahogar nuestra angustia adolescente, uno de ellos el Mercado de Fuencarral. Llamadme naíf, inocente, pero para nosotras este espacio fue un lugar que reflejaba los cambios culturales y estéticos de la sociedad de finales de los noventa. Partíamos de la puerta del McDonald's y cruzábamos juntas la calle Fuencarral como si de una pasarela se tratara, para ser vistas, provocar a lo normativo o lo que entendíamos por ello. Me acuerdo de las escaleras metálicas, los repiqueteos que producían cuando las bajabas y los fanzines, las postales y los *flyers* misceláneos amontonados en un rincón de la planta sótano. Ahí es donde recogí, con miedo, mi primer *Shangay*, cuando todavía no había salido del armario, ni siquiera con mis amigas, y me aterrorizaba la idea de que alguien lo descubriera cuando, aprovechando el momento en el que me escapé unos minutos al baño, metía forzosamente la revista entre las páginas del libro de texto de Conocimiento del medio de Santillana. Ahí fue donde me compré mis primeras Martens y mi primer collar de pinchos en la J. Cánovas mientras mi amiga T. rebuscaba por las estanterías un corsé de encaje. En el fondo sabíamos que buscábamos armaduras para un entorno que no nos aceptaba tal y como éramos. Y nosotras tan felices.

XV

Recreación de la primera vez que salí del armario con alguien a los catorce años

Si te soy sincera, lo supe desde el primer momento. Lo que me sorprendió es por qué tardaste tanto en decírmelo. Sabes que conmigo no tienes que guardarte estas cosas, E. tiene un amigo gay y he hablado alguna vez con él. ¿Te acuerdas de M.? Te voy a enseñar una foto suya. Espera, que me voy a meter en su perfil. Ah, espera, que se ha cambiado de foto de perfil y sale Pucca. Vale, no pasa nada, el caso es que va a mi colegio, es guapísimo, tiene un *piercing* en la boca, los ojos verdes, y de mayor quiere ser diseñador de moda. Tiene más pluma que tú. Podríais ser novios. Además, los chicos gais sois guapísimos, piénsalo así. Mira Jesús Vázquez, Dios mío qué bueno está.

Creo que lo empecé a intuir cuando fuimos a París. Era la manera en la que mirabas a los demás chicos. Lo sé. Te miré de reojo. Además, tienes mucho estilo, eres sensible, no eres como los demás chicos, no sé...

Pero no te preocupes, eres más Will que Jack. Tienes pluma pero no mucha. O sea, soy tu mejor amiga. Tienes suficiente pluma como para que yo lo note, pero poca para que alguien que no te conozca lo perciba. Oye, ¿y cuál es tu tipo de chico? Que al final tenemos los mismos gustos y todo. ¿Te gusta Orlando Bloom? No me lo puedo creer. C., te gustan los guapos y mazados, ¿eh? ¿Y Tom Sawyer? Apostando por lo alto. ¿Y tus padres nunca te lo han preguntado? Yo si fuera tú me esperaría. ¿Y por qué no se lo cuentas cuando estés en la universidad? Cuando te hayas independizado. No sé, no vaya a ser que te echen de casa. Mi padre es muy intolerante, te habría echado de casa. Pero tus padres son buenísimos, no creo que tu padre te eche. Son diferentes. Qué fuerte, chaval... Oye, C., tenemos que ir de compras y que me aconsejes qué ponerme. ¿Se lo puedo decir a mi mejor amiga? Es que, chaval, qué fuerte... Tengo un amigo gay.

¿Sientes que te has quitado un peso de encima? ¿Pero siempre supiste que eras gay? No puede ser, me alegra que me lo hayas contado, C. No se lo diré a nadie hasta que estés preparado. ¿Y alguna vez te has liado con un chico? ¿Has tenido novio? Uno *online*. ¿Y habéis quedado?

XVI

Sk8rboi8

Mi nombre en Starbucks es David, para evitar confusiones y para evitar alargar el proceso de pedir un café *latte* grande sin azúcar ni cafés especiales, apresurado por los suspiros de protesta en las colas.

Mi nombre en internet era Sk8rboi8, acabado en 8 porque la cuenta Sk8rboi ya estaba cogida. No patinaba ni sabía patinar, ni siquiera tenía patín, me llamé así por la canción de Avril Lavigne, a quien idolatraba e imitaba. Yo llevaba lápiz de ojos y una corbata escocesa sobre una camiseta con mangas. Ella la llevaba de tirantes, pero yo tenía complejos con mi cuerpo y me daba vergüenza enseñar mis brazos de pollo. Me ponía tres cinturones a la vez, de esos con tachuelas que comprabas en los *hippies* de Goya porque los que vendían en el Mercado de Fuencarral eran un poco más caros.

Quitaba las tachuelas a tresbolillo con la uña del dedo pulgar izquierdo, creando un efecto de cuadros, hasta que me cansaba. Quería decolorarme el pelo y teñírmelo de un color como el suyo, pero el peluquero de mi calle no lo quería hacer por miedo a estropearme el pelo, así que me conformaba con echarme gel de máxima intensidad para hacerme unas *spikes*, como Gareth Gates o Matt Willis de Busted.

Vestía pantalones dos veces mi talla enseñando la ropa interior. Aunque llevase calzoncillos triangulares y enseñara medio trasero. En los pasadores del pantalón colgaba cadenas y pañuelos con símbolos anarquistas, porque lo había visto en un blog de *streetstyle* de Harajuku. Cuando me cansaba, ponía los pañuelos en modo bandana.

Olía a Axe. Demasiado. No hacía falta verme, ya que mi presencia se podía percibir a distancia.

Era Sk8rboi8, buscando atención, aceptación en una realidad que no entendía.

Era Sk8rboi8, refugiado en atuendos que ocultaban mi miedo y mi crisis de identidad.

A veces era Érika, con k, nombre prestado de una compañera con quien compartía mesa en clase de dibujo. Tenía el pelo rubio peróxido y era de aquellas que verías fumando en el baño mientras se había la raya en el ojo entre clases. Repitió cuarto de la ESO y era la única del curso que leía *Loka Magazine*. Se sentía incómoda en clase. Yo también. Creo que por eso conectamos. Se echaba una base cien tonos más clara que el suyo, y llevaba los ojos ahumados negros y un pañuelo palestino de color blanco y negro, lo suficientemente grande como para cubrir el escudo del uniforme. Durante los recreos se juntaba con su pandilla de amigas. Siempre se sentaban debajo de las escaleras de emergencia. A veces me invitaban a matar el tiempo con ellas.

Siempre tenía un chicle en la boca y cuando se los acababa los pegaba bajo la mesa. Garabateaba sus *crushes* en el cuaderno durante las clases de Geografía. Echaba substancias en las mochilas de los demás cuando estábamos en el laboratorio de las clases de Química. Sabía que no le caía bien, pero era la única persona con quien podía mantener una conversación medianamente entretenida. Ahora, viéndolo con perspectiva, pienso que no sentía únicamente admiración por ella. Quería ser ella. Todo parecía más fácil. El año siguiente cambió de instituto y no volví a saber más de Érika. Yo me seguía sintiendo feo. Indeseado, invisibilizado. Llegué a odiar mi raza, a echarme a mí mismo la culpa por ser chino y a echarle la culpa a mi identidad por no ser atractivo. Odiaba mis ojos, me echaba laca y gomina en el pelo para que no fuera liso y parecer «menos chino» y para que parasen de tocármelo los compañeros en clase. Estaba harto de no poder ser yo y de la urgencia de no poder encontrar a más personas de disidencia sexual a mi alrededor. Odiaba la realidad y empecé a darle la espalda. Mi nueva ventana a la realidad era internet, las *chatrooms*, los foros de Terra, las habitaciones del Habbo Hotel. El espacio virtual era mi espacio seguro porque descubrí que ahí había más personas como yo, tras la pestaña de «Gais y lesbianas» de elchat.com, tras la pestaña de «Te vi en Chueca», en los *cam x cam* con desconocidos. Lo utilizaba como una contratecnología, para conectar con personas que no veía en la vida real.

XVII

A/S/L

La puerta de mi antigua habitación no tenía pestillo, por lo que apoyaba una silla contra ella para que, por lo menos, si alguien entraba, tuviera el tiempo suficiente para reaccionar.

Solía dejar la luz apagada, así olvidaba que existía por unos instantes, dejando la habitación en penumbra, iluminada solo por la pantalla del ordenador, que reflejaba un brillo azul en las paredes, luz suficiente para ser visto sin ser identificado. Reajustaba la *webcam*, que tenía las patas rotas, haciendo un apaño colocándola encima de una pila de libros.

Abría una nueva página y me metía en mi pestaña de favoritos. Ahí guardaba las webs que frecuentaba:

El Chat de Terra para gais.

elchat.com.

Chueca.

Habbo Hotel.

Eran espacios virtuales donde la mayoría de las personas entraban para matar el tiempo. Otras los utilizaban para encontrarse con otros cuerpos disidentes, para recordarse que no estaban solas.

Las habitaciones de los avatares se transformaban en refugios sexuales improvisados; los mensajes privados, en espacios de intercambio de deseos entre desconocidos.

Me sentía más solo cuando me encontraba rodeado de gente en la realidad física que cuando estaba en la realidad virtual hablando con usuarios anónimos disidentes desde mi habitación.

Porque nuestros cuerpos como disidencias sexuales eran anulados por la ciudad. Los foros, los chats, los espacios de *cruising* se convertían en

espacios donde trazar redes alternativas de conexión de deseos.

De pequeño había asociado Chueca a un lugar físico de encuentro entre personas de disidencia sexual, pero, además de no sentirme preparado, sentía que, como persona racializada, ese no era mi lugar, que mi cuerpo no era deseable.

En la representación de personas homosexuales nunca aparecían asiáticos. Ni en los dibujos de Tom of Finland, ni entre los marineros de la película *Querelle*, de Fassbinder.

La primera persona gay asiática que vi fue en el primer episodio de *Queer as Folk*, cuando la ponían en Cuatro a medianoche, pero lo retrataban como un personaje indeseable. Me despertaba a escondidas para grabarlo y verlo al día siguiente cuando estaba solo en casa merendando.

Como niño homosexual, encontraba refugio en los dispositivos que median entre estos mapas invisibles, lo que el artista visual y activista Felipe Rivas llama «contratecnologías». Estas conectan a individuos mediante un mapa virtual, un diseño urbano que rompe con los antiguos flujos de cuerpos. Son dispositivos de mediación que facilitan al usuarie el acceso a conectar con otros cuerpos disidentes.

Viviendo en un entorno cisheteronormativo en el que no tenía amigues que no fuesen cisheteros ni contaba con referentes, internet y los dispositivos digitales eran la única ventana desde la que me asomaba para poder acercarme un poco más a mi realidad y mi comunidad.

Aunque nunca quedé con ninguna persona que conociera en estas páginas, ellas me ayudaron a encontrar mi lugar y mi espacio.

Por lo tanto, entendía internet como una ventana a enclaves temporales en los que, por unas horas, unos minutos, se te permitía relacionarte con personas afines a ti, haciendo lecturas efímeras sobre espacios normativos.

XVIII

El niño soprano

Cuando digo que no sabía que se me percibía como hombre cis hasta que mi voz empezó a cambiar, algunas personas no se lo creen. No es que fuera totalmente inconsciente de ello, pues me lo recordaban siempre que podían. Cuando el guardia de un museo no me dejaba entrar porque llevaba la chaqueta de mi madre atada alrededor de la cintura imitando una falda, cuando los niños durante el recreo se reían de mí cuando hablaba en género femenino, cuando mi madre refunfuñaba si mi padre me compraba una muñeca.

—Las muñecas son para las niñas. No para niños grandes como tú.

Al fin y al cabo, nuestra sociedad binaria encontraba maneras de enseñarte con calzador que eras un hombre por el mero hecho de haber nacido con unos genitales determinados. Aun así, siempre buscaba formas para desvincularme de esta asociación. Una de ellas fue con mi voz.

Me acuerdo perfectamente del primer día de vuelta al instituto. Tuve la enorme suerte de cambiarme junto con D. y J., los únicos amigos que tuve durante mis seis miserables años en el colegio. Estrenar un curso escolar para mi yo de doce años lo suponía todo: suponía poder empezar de cero, poder reinventarme, una oportunidad nueva para disfrazarme un poco mejor, para ocultarles a los demás niños al pringado que llevaba dentro. Esto se manifestaba siempre desde los atuendos.

«No más slips de algodón con estampados de dibujos animados.» Lo había aprendido en el vestuario después de Educación Física el año anterior. Jamás se me olvidarán las caras y la humillación que supuso un trozo de tela de algodón. Mi madre, con sus mejores intenciones, compraba mi ropa interior en el mercadillo cuando iba a Taiwán para visitar a mi familia.

El trayecto en coche al instituto se hacía más ameno escuchando a

Atomic Kitten con el *discman* apoyado en las rodillas. Era un Aiwa plateado con rasguños en la superficie. Llevaba mi colección de CD en un estuche oscuro con la cara de Bart Simpson. Esa mañana sonaba «Whole Again». Recuerdo que guardaba los CD del revés para que, en caso de que alguien abriera el estuche, no pudiera ver mis gustos musicales. Ese año me quité los *brackets*. No me importaba tener los dientes apiñados, me gustaba la sensación de hurgar con la lengua en ellos. Me hacía ilusión ver a D. y a J. de nuevo. No habíamos hablado ni nos habíamos escrito desde antes del verano. Tuvimos la suerte de poder ir juntos al mismo instituto. ¿Cómo les habrá ido? Yo volvía sin aparatos.

D. volvió con perilla y J. con la voz cambiada.

El desodorante Axe que me echaba en las axilas y en el interior de los zapatos de velcro disimulaba la esencia a ansiedad y el olor a sudor como el que me perlaba la frente.

—Ya eres todo un hombre —les decían.

Y no solamente les pasó a J. y a D. Los demás chicos de mi clase también habían cambiado. Observaba de reojo cómo con los rayos de sol se apreciaba el vello del brazo de mi compañero de pupitre, cómo se les quebraba la voz a otros chicos en clase de Geografía al contestar alguna pregunta del profesor. Se manifestaban con risas, aunque no sé si sinceras. Las mías, por lo menos, no lo eran.

Una de las tradiciones que teníamos en el instituto donde estudiaba eran las pruebas para el coro del colegio. Como nadie, exceptuándome a mí y otros cinco pringados, se apuntaba, las pruebas eran obligatorias para todes les estudiantes y, como era un instituto pequeño, justo cabíamos todes en el comedor, donde hacíamos la prueba, que era muy fácil. Todes nos poníamos de pie. C., nuestra profesora de música, se sentaba frente al piano de pared y tocaba escalas, subiendo semitono por semitono. Cuando alguien no llegaba a ese registro, se sentaba. Como seguía teniendo la voz blanca, me acuerdo de que era el único chico de todo el instituto que podía llegar a los registros más altos, junto a tres chicas. Para mí, esto era un logro personal, ya que con la voz demostraba que, a pesar de ser percibido como un «hombre», podía ser tan femenina como para llegar a registros aún más altos que las niñas cis de mi colegio. Me acuerdo de que, durante una clase de música en la que C. nos habló sobre los *castrati*, los chicos me preguntaron si yo también me había castrado para tener un registro así. Odiaba que los demás niños me asociasen con el género masculino, hasta tal punto que rechazaba entrar en los vestuarios para niños y me cambiaba en un pequeño espacio al lado del garaje.

Lo que me generaba ansiedad no era el hecho de que mi cambio fuera más lento que el de los demás chicos, sino que me vieran como el bicho raro de la clase cuya voz no había cambiado todavía y no tenía barba, ni vello en los brazos. La broma de preguntar si yo también era un *castrato*

empezó a hacerse pesada. En los recreos siempre se acercaba un chico a insinuármelo, a preguntármelo de mala manera. Noté cómo D. y J. se empezaron a distanciar de mí, y los recreos los pasaba debajo de las escaleras de emergencia escuchando canciones de Atomic Kitten. El cotilleo se extendió por todo el patio y un día se me acercó un grupo de chicos de un curso superior al mío. Me agarraron por los brazos y las piernas dejándome inmóvil y me bajaron los pantalones a la fuerza. Le di una patada a uno de ellos en un ojo, me pisotearon y se largaron. No se dignaron a subirme los pantalones una vez vieron satisfecha su curiosidad.

Aunque los ensayos de coro se hacían todos los miércoles después de comer, C. me daba las llaves por si quería quedarme allí durante el recreo. Yo le decía que era para ensayar con el piano electrónico al que le faltaba una tecla blanca. En realidad era porque no quería estar con los demás. Así fue cómo conocí a R. y M., amigas con quienes todavía tengo contacto. Nos unían el amor por la música y el odio que sentíamos hacia los demás. Cantábamos canciones de Elliott Smith, y las convencí para que se metieran en los ensayos de coro conmigo. El coro se componía de niñas cis y yo. Durante un periodo fue mi espacio seguro. Creo que una de las razones era porque allí no había más chicos aparte de mí. Sabía que no iban a juzgarme por ocupar ese lugar. Al menos, no que yo me enterase. Me atraían todas las cosas asociadas a lo femenino en el imaginario colectivo heteronormativo. No estoy justificando mi disidencia sexual ni de género con este hecho ni mucho menos, pero había empezado a cuestionar mi sexo y mi género desde pequeño.

Cuando rebuscaba en los cajones de mi madre para encontrar unos pendientes y cogía sus tacones (que me quedaban veinte tallas más grandes) para ir a las clases de natación, o cuando hablaba en femenino y les demás niñes se reían de mí. Cuando pienso en mi niñez, me doy cuenta del progreso que hemos vivido durante las últimas décadas respecto a la homosexualidad. Pocos avances, y siempre arraigados en la cishomonormatividad y en el homonacionalismo, dando la espalda a la interseccionalidad, pero los ha habido. En mi adolescencia, que un chico hiciera algo tan normal como apuntarse a clases de baile (a menos que fuera un entorno profesional, me refiero a las clases de baile del colegio) lo convertía en objeto de burla. Todavía recuerdo las risas de los niños cuando montamos una coreografía de «Sámbame» de UPA Dance en una función para el colegio y yo era el único niño en el escenario, y el miedo que sentía sabiendo que volver a clase al día siguiente iba a ser un poco más duro que los demás días.

Por eso para mí fue descorazonador que se me quebrara por primera vez la voz durante un ensayo de coro cantando «Memory» de Andrew Lloyd Webber. Recuerdo que tenía un solo con B., una compañera de clase que hizo que mi estancia en el colegio fuera un poco menos insufrible. La

voz se me rompió en la sección de la canción donde se transporta de tono. Lo que me dolió no fueron las risas de las niñas, sino lo que significaba: la deslegitimación de mi presencia, la indicación de que yo no pertenecía a ese espacio porque era como los demás niños de mi clase. Era como D. y J., como mis *bullies*, como cualquier otro hombre. Y esa idea la detestaba. Se materializaba mi peor pesadilla, y por primera vez oí a alguien llamarme un «hombre de verdad». Sé que C., mi profesora de música, no lo decía con malas intenciones. Aunque malditas buenas intenciones. Creo que los episodios más traumáticos y más dolorosos de mi adolescencia fueron consecuencia de las buenas intenciones de personas ajenas. Las buenas intenciones están sobrevaloradas. Recuerdo aquella clase de Educación Sexual en la que nuestra profesora explicó que los hombres cambiaban de voz al llegar a la pubertad. Los gráficos que mostraban cómo iba a cambiar nuestro cuerpo. El vídeo educacional en el que salían una mujer y un hombre copulando. Recuerdo sentir náuseas, sentir que me iba a transformar en un monstruo.

Después de ese ensayo no volví al coro.

XIX

Recreación de la última sesión con mi terapeuta

C.: No me sentía capaz de enfrentarme a esa humillación otra vez. Dejé de hablar. Empecé a forzar la voz para que sonara aguda como antes. Recuerdo que mi madre se preocupaba por ello y el día que mi padre me llevó al foniatra, que me dijo, hablando mal y pronto, que tenía puberfonía. No tenía puberfonía, tenía miedo a ser un hombre cis. Sentía como cada cambio en mi cuerpo era un pequeño funeral.

T.: Pero, Chenta, céntrate. ¿Por qué quieres contar esto en tu libro?

C.: No sé, siento que igual contarlo interrumpiría el hilo del libro. Al fin y al cabo, quería hablar sobre mis experiencias de crecer en España como hombre cis, gay, migrante racializado asiático del este. Ese era mi objetivo...

T.: ¿Y qué tiene que ver todo esto con tu objetivo principal?

C.: Que, cuando repaso muchos de los episodios de mi pasado, descubro que soy un hipócrita de mierda y que en realidad no soy capaz de hablar sobre mis experiencias porque sigo sin saber realmente quién soy, sigo descubriéndome, y estoy en un punto en el que ni siquiera sé qué soy... No sé ni siquiera si me consideraría un hombre cis.

T.: ¿Y esa etiqueta es importante para ti?

C.: No, pero, quieras o no, la sociedad funciona por etiquetas. Por ejemplo, cuando ando por la calle y se dirigen a mí como señor, caballero, chico... siento como si me hubieran asignado un género incorrecto, como si no pudiera existir íntegramente, cuando mi cuerpo muestra una cosa que realmente no soy. Aunque tampoco quiero ponerme etiquetas, porque no quiero restarle el significado ni la lucha a ningún otro colectivo. Y creo que esta resistencia a querer ser un hombre cis la manifiesto con prostéticos, con plásticos que deforman mi cuerpo para alcanzar esa imagen que corresponde con quien soy (uñas de gel, lentillas, maquillaje,

depilarme las cejas, vestirme con sudaderas y pantalones *oversized* para ocultar la anatomía de mi cuerpo...).

T.: ¿Qué intentas decir?

C.: Creo que, con la redacción de este libro, he descubierto cosas que no sabía sobre mí, aunque hubieran danzado ligeramente sobre mi cabeza. Y creo que me identifico como «no binarie». Sé que en el fondo nada va a cambiar. Sigo utilizando los tres pronombres, aunque lo hago más bien para mí misme. Para conocerme y entenderme mejor. Sin querer hacer de menos la lucha de ningún colectivo, insisto. Porque, identificándome como «no binarie», entiendo mejor mi cuerpo y cómo lo relaciono con los de las demás personas, entiendo mejor mi orientación sexual, ya que no me identifico como un hombre cis gay, me identifico como disidente sexual. Al fin y al cabo, si una persona no binaria mantiene una relación sexo-afectiva con otra persona, ¿sigue siendo gay? No sé.

T.: Vale, la sesión acaba aquí. Nos vemos la semana que viene. ¿Con tarjeta o con efectivo quieres pagar hoy?

XX

Te han engañado como a un chino

La verdad es que no me gusta celebrar los cumpleaños. Me incomoda, es mucho esfuerzo para crear una situación un poco embarazosa en la que tus amigues se sienten obligades a tratarte de una manera diferente por el hecho de que «es tu día». Prefiero quedar con dos o tres amigas íntimas, ir a por unas crepes...

OK, estoy en una cafetería al
lado del metro 15.05

En la cafetería de Santa Bárbara al lado
de la plaza de Alonso Martínez 15.06

Por una vez, era el primero en llegar. Habíamos quedado a las 15.00 en la boca del metro de Alonso Martínez. Esa noche no había dormido mucho, así que me fui a por un café con leche en el bar más cercano, aprovechando que iban a llegar un poco más tarde.

Vale, llego a y media :/ 15.08

Me puse en la mesa al lado del ventanal para que me pudieran ver cuando llegasen. A mi derecha, había una mesa en la que estaban unas señoras y unos señores hablando efusivamente sobre una de sus hijas. No llevaba auriculares, por lo tanto saqué el móvil y me sumergí en un *scroll* perpetuo en Instagram. Alguien hablaba sobre el contrato del nuevo empleo de su hija menor, que había estudiado ADE y se había metido a trabajar en una empresa de ingeniería. Hablaba sobre la precariedad y sobre cómo, a pesar de haber estado apenas un mes en la empresa, la

estaban explotando.

—La han engañado como a un chino.

Me quedé mirándolo, intentando averiguar si era consciente de que yo estaba al lado. Y lo repitió de nuevo, esta vez, acentuándolo dando palmadas entre sílabas.

—La han en-ga-ña-do co-mo a un chi-no.

Esta expresión la he escuchado miles de veces: en la universidad, cuando un profesor nos dijo que imprimiéramos en una copistería porque la otra tenía unos cartuchos que imprimían las líneas demasiado claras y además era carísima; cuando fui a visitar a mi asesor y el anterior cliente, que fue mucho más creativo con la expresión, soltó un «No me trates como a un chino»; de nuevo, estando a escasos metros de aquel señor... Diosa santa, ¿dónde está el tacto?

Y empecé a cuestionar de dónde venía esa expresión. Por qué me sentía mal cuando la escuchaba. ¿Realmente es tan fácil engañar a los chinos como se dice? ¿Es malo tratar a alguien como si fuera «un chino»? ¿A mí me han engañado más que a mis amigos no racializados por el hecho de ser una persona asiática del este?

Parece ser que existen dos hipótesis respecto a su origen. La primera la encontramos en los viajes de Marco Polo, cuando el explorador llegó a China y obtuvo más beneficios de sus intercambios comerciales que los nativos, por lo que se llegó a extender la idea en Europa de que los nativos habían sido engañados por él.

El segundo origen está relacionado con los culíes chinos, quienes fueron explotados por las élites occidentalizadas peruanas, vinculadas al colonialismo, en sustitución de la esclavitud negra, abolida en este país en 1854.

Como consecuencia de esto, hubo una trata a gran escala de personas asiáticas, principalmente indias y chinas, llevada a cabo por los británicos en respuesta a la Ley de Islas Guaneras, decretada por los Estados Unidos con el fin de competir en el mercado de la producción de guano.

De este modo, los británicos reinventaron la esclavitud llevando barcos con personas chinas hacia Perú para que trabajasen en la extracción del guano. A algunas las secuestraron y vendieron. Otras viajaron voluntariamente sin saber las condiciones infrahumanas del contrato que les ofrecían, y fueron «engañados como chinos».

Cuando descubrí el origen, me quedé de piedra. ¿Cómo es posible que utilicemos esta expresión tan complicada y asociada a una historia tan conflictiva?

Mi plato favorito siempre fue el arroz a la cubana.

Nos lo preparaba Alicia todos los viernes por la noche después de salir

del conservatorio. En esa época ponían *Los Simpson* por las noches en la tele.

No era un plato complejo, pero a Alicia le salía el arroz distinto a como lo preparábamos en casa. Lo cocía con hojas de laurel.

De vez en cuando, lo acompañábamos con salchichas, pero a mí me bastaba que le echase al arroz tomate frito y dos huevos fritos. Ya sabía a fin de semana.

A mis veintitantos sigo cumpliendo con esta tradición.

De hecho, tengo un compartimento en la alacena lleno de bricks de tomate frito para no tener que ir a comprarlo todos los viernes.

Durante una de las semanas en las que estaba trabajando hasta tarde en la biblioteca con mi proyecto de fin de carrera, se me olvidó comprar tomate frito, así que, vestido con un look entre Torrente y Luis xiv, fui al súper más cercano a mi apartamento.

De camino a casa, al lado de la acera, se paró una furgoneta en la que iban cuatro hombres. No tendrían más de treinta años. Uno de ellos bajó la ventanilla, me lanzó una botella de vidrio y gritó:

—Maricón, vete a tu puto país.

Tuve suerte de poder esquivar la mayoría de los trozos de vidrio.

Me acuerdo de que tenía las zapatillas pegajosas y mojadas. Me acuerdo de que me dolían más la humillación y la impotencia que cualquiera de los trozos de vidrio que me podría haber clavado. Y me acuerdo de lo primero que pensé cuando arrojaron la botella sobre mí:

—¿Qué pensarán los de mi edificio cuando entre con estas pintas? Menos mal que está oscuro y no me podrán ver del todo.

Cuando me recuperé del shock, el semáforo se puso verde y se fueron. Oí cómo sus carcajadas desaparecían a lo lejos, y para no preocupar a mis padres les dije que se me había caído una botella de la bolsa.

Me puse la décima temporada de *Los Simpson* y cené arroz a la cubana.

Seguía sabiendo a fin de semana.

XXI

Charla de almohada I

—Hemos mantenido esta conversación muchas veces ya —me dije en la penumbra de mi habitación.

Aunque el aire acondicionado estuviera encendido, notaba que el sudor frío se me acumulaba en la frente, que se me hundía el pecho. Tengo que parar de pensar, pero mi cabeza sigue proyectando las imágenes que no consigo borrar. Qué vergüenza. ¿Por qué les doy tanta importancia a estas cosas? ¿A lo que perciben los demás sobre mí? Ya no sé ni quién soy.

—A ver, Chenta, poco a poco. ¿Qué ocurrió exactamente?

Si es que me da hasta vergüenza admitirlo, porque no tiene mucha importancia. Bueno, la tiene para mí. Y es que es un cúmulo de tantas cosas que no sé ni siquiera por dónde debería empezar.

Estaba en el mercado nocturno de Shilin en Taipéi con mis padres, hablando en español. El dueño, por curiosidad, nos preguntó en qué idioma hablábamos.

—¡Ah! Entonces, ¿sois españoles?

—Sí, pero nací en Taiwán, aunque migré cuando tenía menos de un año.

—Entonces tú no eres taiwanés —me dijo—. Eres un ABC.

Un ABC, *American-born Chinese*, es un término general que se aplica a aquellos descendientes de taiwaneses que nacieron y/o crecieron en Occidente. Aunque no seas estadounidense, te suelen meter en la misma categoría.

—Pero no nací en España, por lo tanto soy técnicamente taiwanés.

—Pero cuando migraste no tenías uso de razón. A ver, ¿de qué te acuerdas de cuando tenías cuatro meses de edad? ¿Acaso sabes leer y escribir en chino mandarín?

No sé leer ni escribir en chino mandarín. Igual reconozco los suficientes

caracteres como para pedir comida en los restaurantes y no quedarme con hambre, y tengo un nivel básico de pinyin (la transcripción fonética del chino).

—Entonces eres un ABC. No sé, los ABC sois distintos. Se os nota en la cara, en vuestra forma de andar, de vestir, de hablar...

—No, tú no eres español. ¿De dónde eres de verdad? —me dijo otro día una camarera de un restaurante en Taipéi.

—¿Cómo que no? —le contesté—. Mis documentos dicen que sí que lo soy.

Y se los hubiese mostrado si los hubiera tenido a mano.

—Los españoles no tienen los ojos achinados. Tú eres de aquí, claramente —me dijo—. Vosotros, los ABC, y vuestro complejo de superioridad...

En eso estoy de acuerdo. Nosotros, los ABC, somos los privilegiados en Taiwán. Recuerdo como mi hermana y yo hablábamos en español en alto en el metro para que nos escuchasen y supieran que no éramos taiwaneses. Que por haber nacido —en el caso de mi hermana— y crecido fuera de Taiwán, teníamos más privilegios y éramos mejores que los demás. Qué absurdo. Existe otra estructura de privilegios y de racismo que no entiendo. Hay una discriminación muy fuerte hacia los chinos en Taiwán y cuestiones de colorismo que se tienen que revisar incluso a día de hoy.

—Tú no eres taiwanés. Taiwán pertenece a China. Eres chino —me dijo una profesora en Shanghái cuando fui a un campamento de música.

—No entiendo por qué te está rayando tanto esto.

—Es que ni siquiera en el país al que supuestamente «pertenezco», cuando me preguntan «de dónde soy de verdad», me consideran de aquí. Y que ya no sé quién soy.

—¿Y para ti eso es importante?

—La verdad es que no sé... Me encuentro con contradicciones diariamente. Por ejemplo, el otro día estaba viendo una noticia sobre cómo China está empezando a colonizar la economía africana y mis amigas me preguntaron que qué pensaba al respecto, como chino. No supe contestarles, porque no he crecido ahí, además de que supuestamente no soy chino sino taiwanés, aunque la ONU no lo reconozca y en mi DNI ponga que soy de origen chino. Y, si te soy sincero, nunca he bebido de esa cultura, ni entiendo de sus políticas como para argumentar sobre ello... Pero luego me da miedo pensar que estoy desligado de mis raíces, porque supuestamente esa es mi identidad.

—¿Alguna vez has pensado que igual la forma de entender tu cuerpo y tu identidad no está siempre ligada a un lugar sino a varios?

—¿A qué te refieres?

—Me explico, si tus padres hubieran migrado a Perú y ahora tú fueras un peruano de ascendencia china, tu cuerpo se entendería de forma distinta que si hubieras crecido en España. Porque, durante la historia, tu cuerpo, y el de les hermanes que te precedieron, descenderían de culíes, explotades como mano de obra barata. Si tus padres hubieran migrado a Estados Unidos, tu cuerpo estaría ligado al de tus hermanes descendientes de les que fueron explotades para construir el ferrocarril transcontinental, les mismes que fueron afectades por la Ley de Exclusión de Chinos de 1882, firmada por el presidente Chester A. Arthur... Lo que te intento decir es que igual el desarraigo y la desvinculación que sientes respecto a entender tu cuerpo y el país donde naciste y/o creciste son completamente normales, y que no deberías centrarte en eso para entender tu identidad.

—Entonces, cuando me pregunten una vez más de dónde soy, ¿qué debería decirles?

—No es tanto lo que deberías decirles sino cómo deberías percibirte tú. Eres un territorio político. Eres una identidad política que entiende tu cuerpo como migrante racializade, como algo histórico más que biológico. Sería absurdo vincularte a Taiwán, aunque entiendo por qué lo haces: al fin y al cabo, naciste ahí, aunque vinieras a los once meses y no te acuerdes de tus vivencias allí, sino de las visitas esporádicas que hacías con tus padres.

—¿Y soy chino o taiwanés?

—No sé, pero la mirada occidental tiende a homogeneizaros a todes y meteros en la misma caja, por lo tanto tendréis experiencias vitales que compartiréis inevitablemente. No es tanto de qué país vengas, sino tu racialidad.

XXII

Mi abuena, el colorismo y la blanquitud

Existe una expresión en chino (一白遮三丑, yī bái zhē sān chǒu) que, traducida literalmente, dice algo así como: «una piel blanca cubre tres fealdades». Esta expresión significa que dan igual los errores que puedas cometer: siempre y cuando tu piel sea blanca, podrás salirte con la tuya. Era algo que me repetía mucho mi abuela cuando pasaba los veranos en Taiwán. Viéndolo ahora con perspectiva, es una expresión extremadamente colorista. «Colorismo» es un término acuñado por Alice Walker y citado por primera vez en 1982. Se basa en el hecho de que, cuanto más oscura es la piel de une, más está sujete a la discriminación y a los prejuicios.

—Tatá, vístete, has estado toda la mañana frente al televisor.

—Năinai, voy.

Además de a la diferencia horaria, me costaba adaptarme a las costumbres y los horarios. Por ejemplo, en Taiwán se come y se cena mucho antes que en España: se come a las doce y se cena a las seis. Yo me levantaba siempre a la hora de comer y, para cambiar este hábito, mi abuela me despertaba pronto para hacer los recados de la casa e ir al mercado con ella todas las mañanas.

—¿No has sacado tu paraguas? 一白遮三丑.

—Pero, Năinai, ¿para qué sacamos el paraguas si hoy no está lloviendo?

—Porque hoy hace muchísimo sol y no quiero que te pongas negro. ¿Te has puesto crema solar?

Mi abuela entró en su habitación y sacó unas mangas de protección solar. Siempre me pareció muy curioso cómo cabían tantas cosas en una habitación tan pequeña. Su habitación estaba fuera del alcance de todos. Irónicamente, se ubicaba enfrente del salón y se podían intuir partes de la

estancia mirándola desde la cortina mosquitera de la puerta. Siento que, como ocurría con su habitación, mi abuela siempre fue muy reservada. Mi abuela biológica falleció antes de que yo naciera y mi abuelo volvió a casarse con mi Năinai, una mujer filipina migrante que antes de conocer a mi abuelo trabajaba como enfermera en un hospital. Mi padre y mis tíos la llaman *auntie*, o «tía» en español, y siento que pasó gran parte de su vida preocupándose más por mostrar su mejor faceta como esposa, como madre y como una abuela magnífica, en vez de vivir una vida que realmente quisiera. No me corresponde a mí hablar sobre estas cuestiones, ya que soy un aliado del feminismo, pero a veces me da pena ver cómo el heteropatriarcado y el machismo han condicionado a mi abuela como mujer.

Volvió a su habitación y sacó un bote de crema solar. Tenía complejo por el color de su piel y glorificaba la blanquitud de una manera que yo no entendía. El baño estaba lleno de potingues, envases y botellas recicladas que contenían cremas blanqueadoras y bases de maquillaje cinco tonos más claras que el de su piel, que usaba para intentar ocultar su color original; cremas para echarse antes y después de salir de casa; y una para revitalizar la piel mientras dormía.

Con mi hermana era aún más dura.

—Serías mucho más guapa si fueras más blanca. Así los chicos no se fijarán en ti.

Mi hermana es un poco más morena que yo. No era inusual que, cuando salíamos por la calle, ya estuviéramos en el mercado o en el centro comercial, alguien le soltara comentarios coloristas.

—Tienes la piel tan oscura que pareces una filipina —decían.

Si a mi hermana, siendo de etnia han, la paraban por la calle por tener la piel morena, no me quiero ni imaginar el racismo que sufrirán en Taiwán las personas negras o de otras comunidades como la filipina. Mi abuela, una mujer filipina migrante racializada, se retorcía, y con razón, cuando oía estos comentarios hacia mi hermana. Aunque yo no me considere taiwanés, me avergüenza que estas cosas pasen todavía y soy consciente de mis privilegios. Quizás por ello mi abuela siempre había sentido aquella querencia por la blanquitud. Por el colorismo en Taiwán. Porque cuando salías por la calle y veías los carteles, siempre promocionaban la blanquitud como canon de belleza, y cuando encendías la tele solamente aparecían mujeres con la piel blanqueada, pasadas por filtros...

Era imposible no asociar la belleza con la blanquitud, con la mujer ideal como una 白富美 (bái fùměi); es decir, con una mujer blanca, rica y atractiva.

¿Y de dónde viene este prejuicio? Al principio pensaba que tenía más que ver con el canon de belleza colonial de Occidente, con nuestra

frustración y nuestro afán, como asiáticos del este, por perseguirlo para sentirnos aceptados e incluidos. Aunque puede que esto incidiera, la obsesión hacia la piel blanca se debe más a una falacia histórica que a una de tipo colonial.

Aun así, hubo diferentes cánones de belleza a lo largo de las dinastías, y en algunos la piel oscura se valoraba más mientras que el color blanco tenía connotaciones negativas; eso sí, hasta que la colonialidad se lo cargó. De hecho, el color del luto en China y en otros territorios asiáticos es el blanco, porque representa la palidez de la muerte. Por ejemplo, en la ópera de Beijing, el malvado siempre tiene la cara maquillada de blanco, para acentuar su carácter «insidioso y fraudulento». Por eso, en la vida cotidiana, cuando alguien hace algo ofensivo, decimos que «desempeña la cara blanca».

En otra época, con la influencia de la Comuna de París, en 1871, y de la Unión Soviética, en la China moderna el color rojo se convirtió en símbolo de la revolución y el blanco pasó a identificarse con el conservadurismo y los sectores reaccionarios. Por eso la represión terrorista es conocida como el «terror blanco». Al ejército revolucionario se le llamó Ejército Rojo, y a las fuerzas hostiles Ejército Blanco.

En la antigua China, el color blanco se asociaba con la pobreza, como en la expresión *yī qióng èr bái* (一窮二白), que se usaba para describir el estado pobre y atrasado. Por eso a les chines no les gustan los muebles y aparatos blancos. Sin embargo, con el incremento del nivel de vida en los últimos años y la aparición de modernos diseños de color blanco, el sentido estético de les chines ha ido evolucionando. En todo caso, también influyen los cánones de belleza coloniales cisheteronormativos, que favorecen el color blanco.

En China, desde la dinastía Han (206 a. C.-220 d. C.), la piel blanca era deseada por las mujeres de la corte, ya que representaba prestigio social. El color de la piel estaba intrínsecamente relacionado con el tipo de vida que una persona llevaba: no tenías que trabajar en el campo, sino que permanecías en el interior de la casa.

¿Y existe racismo en Taiwán?

Es curioso cómo se traduce, de manera sistemática, el racismo en diferentes países.

Hasta la última vez que fui a Taiwán no descubrí que, salvando las distancias, como «taiwaneses» de etnia han, éramos los privilegiados, equivalentes a los blancos de Taiwán. El racismo, por lo tanto, es sistemático. Cuando empezamos a llegar desde China, las personas indígenas fueron obligadas a la asimilación, perdieron sus tierras y sufrieron mucha violencia. Nosotres ocupamos su espacio y hemos de pagar por y reparar todas nuestras acciones. Hoy, los grupos indígenas se enfrentan a altos niveles de desempleo y a salarios bajos, y tienen menos

acceso a la educación y a otros servicios. Esto es racismo institucional. Fueron marginades y desplazades a las montañas por nuestres antepasades, de ahí el nombre que les asignaron: *shandiren* (山地人, gente de las montañas).

XXIII

Nunca he probado chino

En Torrevieja, cerca de un McDonald's con autoservicio, se alza un edificio de arquitectura china inspirado en la Sala de la Suprema Armonía del Palacio Imperial. Un monumento exotificado por su entorno, sus atributos, sus ornamentos, que imitan un regionalismo lejano. El «palacio», erigido incómodamente en mitad de la carretera y junto a la rotonda de la calle Escorpiones, rodeado de arquitectura moderna, carteles publicitarios de empresas inmobiliarias y hoteles de paso, esconde un restaurante *wok* y un buffet libre. Lo visité por primera vez cuando estaba conociendo a un chico en mi segundo año de carrera, cuando no había salido del armario ante mi familia y la única experiencia que había tenido era una relación ciberplatónica con un tal Jose, al que había conocido en el chat de Terra a los catorce años. Y en qué momento.

Volviendo a este chico, al que llamaremos Miguel, lo conocí en clase de Historia II y, si os soy sincero, nunca me había fijado en él. Pero, como a Clementine Kruczynski en la película *¡Olvídate de mí!*, me atraía la idea de que alguien se hubiera fijado en mí. El peligro amarillo, la demonización y la ridiculización de les asiátiques del este, tanto en la cultura como en los medios, habían distorsionado la forma en la que me percibía a mí mismo y cómo entendía mis rasgos asiáticos. En otras palabras: tenía la autoestima por los suelos y me sentía indigno de ser deseado.

Al asiático cis hombre —emasculado, afeminado, con el pene minúsculo— siempre lo evitan en las aplicaciones de ligue los hombres homonormativos —no quiero debatirlo más: no son preferencias, es racismo—. Por todo ello, accedí a salir con Miguel: sentía que, si no aprovechaba la ocasión, no tendría más posibilidades de conocer a alguien.

Es gracioso cómo una historia que podría resultar muy personal, con el paso del tiempo acaba siendo un hecho común para muchas personas

racializadas: esa mirada fetichista hacia nuestros cuerpos y rasgos, hacia nuestra cultura.

En el caso de Miguel, después de nuestra primera cita descubrí que no salía conmigo porque sintiera atracción hacia mí, sino porque le atraían «los asiáticos». Mientras estaba en el buffet libre sirviéndome un plato de arroz tres delicias, él me seguía escribiendo por el móvil: «Jamás he probado chino, pero no me importaría».

A esto lo llaman el *yellow fever fetish*; no confundir con la fiebre amarilla. Este fetichismo consiste en el interés, la obsesión o la preferencia por personas asiáticas. Y, cómo no, es problemático porque contribuye a una cultura de violencia (al igual que los chistes que vulneran a aquellas personas que han sido consideradas minorías, y por ello sí que siento que deberían existir límites en el humor, pero eso lo hablaremos en otro momento...). Entonces, en el buffet, decidí no volver a verle más. «Jamás conocerás a otra persona que te quiera», me dijo. Y yo, esperando el plato de *wok* en aquel palacio en Torrevieja, me sentí como el palacio mismo: un monumento exotificado, en mitad de la nada. Ahora soy un poco más consciente de que no ocupaba ese espacio porque quisiera, sino porque la sociedad me había colocado ahí.

XXIV

Y A TI, ¿TE GUSTAN LOS CHICOS?

Que yo recuerde, siempre fui consciente de mi disidencia sexual. Ahora bien, no sabía verbalizarlo, ni siquiera sabía que existiera tal cosa o que hubiera personas y comunidades que pasaban por lo mismo que estaba pasando yo. De pequeño, lo único que sabía era que me gustaba el carnicero del barrio. Del carnicero del barrio pasé a los chicos del colegio, y del colegio al instituto, donde conocería a P. Iba a un curso inferior al mío, aunque era dos años mayor que yo. Tenía un ojo más claro que el otro, o por lo menos así lo percibía yo, y un lunar justo debajo de los labios. Cada miércoles, me lo encontraba sentado en clase de Arte junto a la ventana, justo donde le daba el destello en la cara. Yo me sentaba en la mesa de enfrente y maquinaba cualquier excusa para poder dirigirle unas palabras, aunque no me atreviera a hacerlo. No quería quedar mal, aunque, conociéndome, probablemente lo hubiera hecho sin querer. P. siempre estaba solo, perdido en sus pensamientos. La primera vez que me atreví a acercarme a hablar con él fue un día que vi que estaba copiando un dibujo de Alfred Kubin. La profesora de Arte, al igual que la de Música, nos dejaba trabajar en las aulas durante los recreos. Como no me sentía seguro en el patio, subía después de comer; a veces ni siquiera comía para evitar cruzarme con mis *bullies* de aquel entonces. Ahí es cuando descubrí que a él también le gustaba Alejandro Jodorowsky y que odiaba su clase y el colegio tanto como yo. Nos intercambiamos los *messengers* y nuestros encuentros se intensificaron en las redes. Hablábamos durante horas. Me acuerdo de que había momentos en los que no sabía si me estaba tomando el pelo, si hablaba conmigo por pena o si de veras disfrutaba de mi compañía. Nos quedábamos algunos recreos para dibujar juntos en el aula de Arte; a veces éramos los únicos en el aula, y entre una cosa y otra salió el tema.

—Y a ti, ¿te gustan los chicos?

No sabría describiros aquel momento, pero creo que fue la primera vez que entendí lo que significaba tener mariposas en el estómago. Hasta entonces, nadie me había preguntado sobre mi sexualidad de manera tan natural, sin malas intenciones. Menos aún un chico. Cuando el tema de la disidencia sexual estaba en boca de algún chaval del instituto, siempre terminaba con algún comentario homofóbico, lleno de connotaciones negativas, supongo que porque ponía en peligro su masculinidad tóxica. Me acuerdo de que no supe qué contestar en aquel momento, de cómo me empezaron a escocer los ojos y a quemar la cara. Me imagino que vería que la pregunta me había molestado, sonrió y cambió de tema rápidamente. El tema nunca salió otra vez. Ni siquiera tuve la fuerza de preguntarle si a él le pasaba, ni de decirle que, en aquel momento, yo sentía un flechazo hacia él, que le idolatraba como si fuera un *posterboy* de alguna *boyband* que promocionara alguna revista de adolescentes. El año siguiente él se cambió de instituto, yo cambié de móvil y perdimos contacto.

Después de P., entré en la universidad. Ahí es donde piqué con mi sexualidad como si de un buffet libre se tratara. Estaba en un momento de mi vida en el que ya había salido del armario con mis amigues, pero todavía tenía asuntos que revisar a nivel personal. No estaba preparado para una relación, ya que aún tenía homofobia internalizada que deconstruir. Aun así, si tuviera que sacar algo positivo de mi experiencia en la universidad, sería la red de disidentes sexuales que conocí. Hasta entonces, y perdonad mi inocencia e ignorancia, nunca había conocido a ningún disidente sexual. Mi entorno era cisheteronormativo y mi instituto, aunque no fuera evidente, era bastante religioso y conservador en muchas facetas. Mis amigues eran sobre todo personas cis blancas y heterosexuales, y con las pocas amistades racializadas que tenía nunca hablaba sobre el racismo, ni siquiera creo que fuéramos conscientes de él.

Por eso fue tan importante para mí encontrar al Bloque Racializado o la Manada Negra/Migra/Racial. Porque, aunque ya hubiera forjado mis amistades con disidentes sexuales, estas no eran personas racializadas, y notaba una brecha entre sus experiencias y las mías. Notaba cómo muchas de mis experiencias vitales eran deslegitimizadas, ignoradas; cómo, cuando hablaba sobre la fetichización de los cuerpos racializados, el homonacionalismo, la homonormatividad o el racismo dentro del colectivo, me miraban con cara de no entender nada, se desentendían o se llegaban a ofender por mis comentarios, e incluso me llamaban exagerado.

Mi primer contacto con el Bloque fue en el patio de P. Habíamos quedado para hacer las pancartas para la manifestación del bloque racializado del Orgullo Crítico. Olía a pintura de spray y el suelo estaba repleto de cartón pluma con insignias y de manchas de pintura. Yo no

sabía que, a partir de una quedada puntual, iba a forjar una familia, compañeres con quien compartiría espacio en manifestaciones y concentraciones antirracistas, pistas de baile donde nos desahogaríamos a las tres de la mañana, talleres, encuentros...

Gracias a este espacio descubriría que la lucha era colectiva, que nuestras historias como disidentes sexuales racializades eran compartidas, considerando todas las intersecciones y teniendo en cuenta los privilegios de cada une.

La lucha disidente sexual será antirracista, anticapacitista y feminista o no será.

XXV

AMOR DE *COPY-PASTE*

Mother G. siempre dice que, antes de conocer la escena *ballroom,* se sentía atascada en la categoría de *realness* en su día a día, intentando ocultar su disidencia sexual, su raza, su feminidad. *Realness* es una categoría del *ballroom* que se basa en la capacidad de pasar por un determinado género o sexualidad —en su caso, por el de un hombre cis—, intentando presentarse lo más heteronormativo posible. Como muches de nosotres, lo hacía por miedo.

En un artículo de *OUT,* Mic Oala, productora cultural, decía lo siguiente: «Si practicas la *pretty boy realness,* puedes ir caminando a casa por la noche como un heterosexual para al menos evitar que te discriminen. Aunque no puedas pasar por blanco, la *realness* puede ser un salvavidas». Muchos hemos hecho *realness* en algún punto de nuestra vida, por miedo a ser distintos, para ocultar nuestra identidad...

Hasta hace poco no empecé a plantearme los límites que imponía sobre mi propio cuerpo. Muchas veces lo entendía desde la imitación de las relaciones entre hombres y mujeres cis, no solamente por el miedo a cuestionar los supuestos e instituciones heteronormativos dominantes, sino porque era la forma más expuesta en términos generales y porque creía que no existían alternativas a la cishomonormatividad.

Como dice Elisa Coll Blanco en su fanzine *Mitos del amor romántico* (ilustrado por Gema Marín Méndez), lo que hacía yo era un «copia-pega de los patrones románticos heterosexuales. Tener una pareja monógama, preferiblemente casada, colocando a la pareja en la cúspide de la pirámide jerárquica de sus vínculos sociales». Mi entorno no facilitaba el proceso. Siempre buscaban analogías para ajustarse lo máximo posible a las relaciones heteronormativas tóxicas. Por ejemplo, me acuerdo de un amigo que insistía en la importancia de identificar quién era el activo y quién era

el pasivo de la relación, y que decía que una relación no funcionaría si no seguía esa estructura: «Tienes pinta de ser pasivo porque eres delgadito, eres un poco más afeminado y eres asiático».

Este discurso pone en evidencia la idea de que muchos siguen concibiendo las relaciones como una interacción entre un sujeto dominante y otro que lo complementa, lo cual crea una relación cimentada sobre desigualdades y fomenta la idea de que la relación heteronormativa sigue siendo el estándar, la medida de la calidad de una relación, sea o no disidente sexual.

Aún me queda mucho por aprender sobre los vínculos sociales, sobre lo innecesario de una jerarquía tan marcada entre quienes conforman esos vínculos, sobre la existencia de toda una escala de grises. Las relaciones son mucho más complejas de lo que nos enseñan y, como disidentes sexuales, nos queda un largo camino para definir un lenguaje propio. Para no querer pasar por lo que no somos, para no tener que hacer *realness* por sentir la obligación de integrarnos, o por miedo a no estar integrades.

XXVI

La jirafa que pastaba

«Colega, ¿qué haces *agachao* pastando con las vacas con ese pedazo de cuello?», nos pregunta Paco Vidarte en Ética marica. Siempre me lo he preguntado a mí mismo, al cuerpo en el que habito, con el que paseo por las calles de Madrid. Pese a pasar muchas horas en este pequeño espacio limítrofe, sigo sintiéndome un tanto incómodo y extranjero en él.

Recuerdo cómo insistía de pequeño en que este cuerpo no me pertenecía del todo. Descubrí a posteriori que, en realidad, lo que me pasaba era que no sentía pertenencia alguna a la masculinidad que se asociaba a mi cuerpo. Empezaban a surgir pequeñas señales insignificantes: cuando me corregían los seseos, cuando me regañaban por gesticular con las manos, cuando se preocupaban por mi voz aguda o cuando movía las caderas en exceso al caminar, aunque yo no lo notara. Para corregirme, me apretaban las caderas con las manos para que no pudiera moverlas. «Así es cómo debería andar un hombre de verdad.»

«Por eso andas como un espagueti. Exagera más esas caderas», me dijo Mother G. durante un ensayo de *European runway*, una categoría del *ballroom* en la que se desfila de forma femenina en la pasarela.

Desde temprana edad noté que mi cuerpo era rechazado, corregido, para que se adaptara al cuerpo normativo. Que los otros niños, chicos, hombres que veía transitar por las calles de Madrid no ocupaban sus cuerpos como hacía yo; era el Jack de *Will and Grace*, el Emmett Honeycutt de *Queer as Folk*.

Aún hoy me sigue costando desobedecer la normatividad impuesta a nuestros cuerpos e intento deshacerme de ella —de ese anhelo equivocado de un modelo de masculinidad tóxica y binaria; de unas prácticas, unas relaciones, un cuerpo homonormativo, siempre a disgusto con él, con sus gestos amanerados y afeminados— como de la arena de la playa que se

queda pegada a las sandalias.

Además de todo esto, tampoco ayudaba que fuera un hombre cis asiático, por el estigma social al que se nos asocia. La internalización de los estereotipos según los cuales los hombres asiáticos somos afeminados, sumisos y pasivos se sumaba a mi disidencia sexual, creando un autorrechazo aún más fuerte a habitar mi propio cuerpo.

De camino a casa, probé otra vez a ensayar algunos elementos del *European runway* en el pasillo eterno entre las estaciones de metro de Acacias y Embajadores. Me acordé de lo que había dicho Manuel Segade cuando fuimos a visitar la exposición de *Elements of Vogue*: «Hacer una pose es lanzar una amenaza. Son gestos disidentes para confrontar la norma».

Mientras andaba, registraba de reojo mis gestos en el reflejo enmarañado en las paredes del pasillo. Quería sentir mi cuerpo, que tanto se resistía al antiafeminamiento y a las actitudes masculinas hegemónicas, pero acababa sintiéndome más como Alex DeLarge cuando lo someten a la técnica de Ludovico. A pesar de estar «maquillado como una puerta», llevar uñas de Sykaly y pestañas postizas, sentía que volvían esas manos que me apretaban las caderas de pequeño cuando intentaba moverlas. Ojalá un día me dé cuenta de que nunca voy a ser como uno de ellos. Que nunca voy a vivir como ellos «por copiarles sus instituciones, sus leyes, sus costumbres, sus valores». Hasta entonces seguiré siendo esa jirafa que pasta. Pero ahora por lo menos soy consciente de que un día podré usar mi cuello.

XXVII

Huevos cocidos: una carta abierta

Te estarás preguntando por el motivo de esta carta abierta, un medio al que, hoy por hoy, con los avances de la comunicación, nos hemos desacostumbrado. Padre siempre utilizaba las cartas para expresar aquellas cosas que le costaba decir en voz alta, algo que comprendo cada vez más. La verdad es que, aparte de escribirle a mi amigo por correspondencia, nunca me he atrevido a escribirle una carta a nadie, ni una carta de amor para meter anónimamente entre las rejillas de la taquilla del chico que me gustaba en el instituto. Así que empezaré hablando sobre mi día.

Me acordé de ti porque hoy, al cocinar, quemé unos huevos duros. Sí, lo sé, 笨手笨腳, ¿cómo se pueden quemar unos huevos duros?, te imagino diciendo. Sé que no debería hacer otras cosas mientras estoy cocinando. Ni siquiera tengo una excusa válida: estaba pintándome e intentando seguir un tutorial de maquillaje mientras hablaba solo. Hermana dice que es un hábito mío que le recuerda mucho a ti. Y es que mis momentos favoritos son aquellos en los que estamos de palique en la cocina, hablando de nada en especial. A veces los echo de menos.

Siento que he adoptado muchos hábitos tuyos. Por ejemplo, nunca pruebo la comida. Ni calculo la cantidad de sal ni las especias que le echo. Pero, a diferencia de ti, si no lo hago es por descuido y pereza. Decías que empezaste a cocinar cuando apenas tenías diez años, cuando ibas a la vecina a pedirle un pequeño tazón de arroz para la abuela, que siempre llegaba cansada a altas horas de la noche de uno de sus muchos trabajos. Abuela arreglaba paraguas, lavaba coches... para poder criaros a tus dos hermanas, a tu hermano y a ti. Abuelo nunca estaba. Una vez explicaste que la abuela ocultaba las quemaduras de los productos de limpieza y los

callos de sus manos con unos guantes blancos. Siempre llevaba esos guantes.

Mientras froto la sartén, pienso en la última vez que hablamos. Pero la última vez que hablamos de verdad, antes de que saliera del armario y todo se enfriara. A veces me pregunto por qué sentí la necesidad de salir del armario. Como si no fuera válido callar y tener una pareja siendo disidente sexual; como si, por el mero hecho de ser disidente sexual, lo normal fuera salir del armario. Pero, sinceramente, me dolía que, cuando hablábamos sobre el futuro, siempre me imaginases con una mujer cis. Sentía que de algún modo te estaba mintiendo si no te decía nada, como si estuvieras perdiéndote una parte integral de mí.

Me acuerdo todavía del día que te conté que estaba saliendo con un chico y se te quemaron los huevos duros que iban a acompañar la col que habíamos comprado en el mercado chino. Recuerdo que forzaste la sonrisa y los ojos se te llenaron de lágrimas que intentaste retener. Años más tarde, en el autobús de camino al mercado Shilin en Taipéi, admitiste que habías llorado cuando fuiste al baño después de que te lo contara, no porque fuera disidente sexual, sino porque tenías miedo y sabías que mi vida iba a complicarse un poco más, porque sigue habiendo personas en nuestra sociedad que no lo comprenderán, y porque, al ser racializado, me iba a ser aún más duro. Reconociste que, cuando te lo conté, fingiste que nunca te lo habrías imaginado, aunque en el fondo lo sabías desde hacía mucho. Las madres de mis amigas siempre se reían de mi descarado comportamiento afeminado, de la manera en la que andaba moviendo las caderas, de la manera en la que cruzaba las piernas mientras esperaba a que salieras de tu clase de flamenco cuando aún vivíamos en el pequeño apartamento de Vallecas. Recuerdo que me pillaste una vez en una serie de intercambio de miradas con un hombre apuesto que paseaba por la calle mientras desayunábamos en una terraza.

El distanciamiento también es culpa mía. Cada vez tengo menos tiempo y cada vez me da más pudor besaros y abrazaros cuando os veo. Maldita masculinidad tóxica. Siento que no ha hecho más que daño. ¿Te puedes creer que la última vez que lloré fue durante una clase de violín; cuando el profesor me dijo que llorar era de mujeres?

A veces dices que vivo la vida con prisa, que debería cuidar a las personas a las que quiero y cuidar de los tiempos. Mientras te escribo, saco de la nevera la botella de plástico de zumo de naranja recién exprimido del Mercadona. Te imagino comentando lo fácil que es todo en comparación con cuando eras pequeña. Me acuerdo de la vez que, en nuestro antiguo apartamento, me bebí de un trago el zumo de naranja que habías exprimido a mano y comentaste lo gracioso que te parecía que, tras haber estado exprimiendo el zumo durante diez minutos, viniese a la cocina y me lo bebiera en un segundo. Desde entonces procuro beberlo lentamente y

disfrutar de cada sorbo. Aunque no lo haya exprimido yo, sino una máquina del Mercadona.

Sobre todo, lo que me gustaba de nuestros momentos juntos en la cocina era tu honestidad. Nunca podré compensaros todos los sacrificios que padre y tú habéis hecho para que hermana y yo tengamos la vida que tenemos ahora. Cuanto más mayor me hago, más presente lo tengo. Nunca nos contasteis los sacrificios que tuvisteis que hacer cuando decidisteis migrar para buscar un mejor futuro para nosotros. Nunca nos contasteis nada sobre les amigues, la familia que dejasteis atrás, la academia de idiomas que creaste con todo el esfuerzo del mundo, con tus propias manos, si sobre cómo fue crecer a 10.793 km de tu familia, de abuela, ni de las numerosas llamadas telefónicas internacionales que hacías a diario para hablar con ella, añorando la tierra donde naciste y te criaste. No hablabas de todos los momentos en los que te sentías sola mientras yo bailaba «Ilariê» con mi maillot. Y, a pesar de todo, pusiste nuestras necesidades antes de las tuyas.

También quería pedirte perdón por haber sido tan impaciente contigo, por haber seguido un sistema cisheteropatriarcal que me beneficiaba a mí y te oprimía a ti y a tantas mujeres. Solamente espero que logres hacer todas las cosas que, en una de las conversaciones que mantuvimos en la cocina, confesaste que querías hacer para reparar el daño que hemos hecho la etnia han en Taiwán a los aborígenes taiwaneses y abrir una escuela para ellos. Sabes que siempre podrás contar conmigo.

Y mientras como los huevos duros quemados, rebuscando por el frigorífico y lamentando no haber ido a hacer la compra desde hace dos semanas, me acuerdo de nuestra última conversación en el autobús hacia Shilin, de cómo la luz verde del autobús parpadeaba y el señor que se sentaba frente a nosotros nos miraba de reojo, intentando descifrar en qué idioma estábamos hablando, y me pediste que te enseñara mis canciones y se te escapó una pequeña sonrisa. «Me hace feliz que tú estés feliz.»

Te quiero, y gracias, madre.

XXVIII

PUTO CHINO MARICÓN

Y hasta hoy me siguen preguntando por qué me llamo Putochinomaricón. Como si hubiera sido una ocurrencia repentina mientras andaba por los pasillos del Mercadona escogiendo los productos de Hacendado que meter en la cesta.

Como si tuviera el privilegio de llamarme así porque me hiciera gracia o para llamar la atención.

Putochinomaricón surge de la rabia, del enfado que durante tanto tiempo he escuchado, me he silenciado y me he callado. El nombre es un exorcismo. Por todas las injusticias y desigualdades que he vivido y que muches de mis hermanes han vivido. Porque soy consciente de que hay personas que ni siquiera tienen la oportunidad de alzar la voz como estoy haciendo yo ahora mismo, ya sea porque están encerrades en un Centro de Internamiento para Extranjeros (CIE), porque están en mitad de una redada racista, porque no tienen papeles o porque están muriendo en el Mediterráneo intentando cruzar la frontera. Y, como se hace con la bolsa para excrementos que se utiliza para recoger las heces de los perros en la calle, recogí todos los escupitajos, los insultos, y me apropié de ellos. Como nuestres hermanes que trabajaron en el ferrocarril transcontinental americano, cogí por pura supervivencia las sobras que nos tiraban para reconstruir mi identidad. Porque descubrí que apropiarme de algo que me dolía y me hacía débil lo desactivaba y le daba un nuevo significado. Me empoderaba. Apropiarnos de las palabras que pretenden volvernos débiles nos permite enfrentarnos a lo que nos oprime, lo que nos insulta. Es posicionarse como territorio político. Es quitarse la máscara blanca, quitarse la venda frente al racismo social, institucional y estructural y la homofobia...

Soy consciente de que no es la primera vez que se ha hecho. Al fin y al

cabo, la teoría cuir parte de un lugar parecido. En el libro *Teoría queer: políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*, editado por David Córdoba, Javier Sáez y Paco Vidarte, se dice que la pronunciación de cuir traslada la carga de la violencia y la discriminación ejercidas por la sociedad contra las disidencias sexuales, y es precisamente esa fuerza la que se subvierte al utilizar Putochinomaricón como nombre artístico. Reapropiarme de estas tres palabras hace que pierdan sus fuerzas opresivas, sus malsonancias, sus contenidos obscenos e insultantes. Hasta que se oigan las luchas de les disidentes sexuales, les anticapacitistes, les racializades, las mujeres... Hasta que todes tengamos papeles, hasta que cierren todos los CIE, derriben todas las vallas y fronteras y se termine con el eurocentrismo que solo admite una forma de pensar, de ser y de sentir, seré cada vez más puto. Más chino. Y más maricón.

Puto chino maricón.
La gente por la calle me llama así.
No me robes mi trabajo.
Vete a tu puto país.
Puto chino maricón.
La gente por la calle me llama así.
Vete a la mierda,
porque yo me quedo aquí.

Agradecimientos

Para mis padres, mi hermana, I., mis amigues y mi familia: vosotres sois mis verdaderos referentes.

Para mi yo de seis años que se remangaba la camiseta para darle forma de sujetador y cantaba «Say You'll Be There» en el salón.

Para el Colectivo Oryza, Tusanaje, Catàrsia y todes mis compañeres y amigues asiátiques; para SOS Racismo Madrid, La Kiki House of Súmac y todes les compas que están en la lucha.

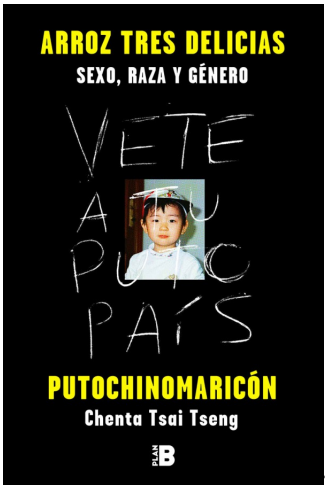
Para todas las personas que han creído en este proyecto.

Para Gonzalo, por darme esta oportunidad, y para mis amigues editores.

Gracias a *El País* por cederme el espacio y permitirme contar mis historias en mi columna.

Gracias.

Un libro autobiográfico y reivindicativo de uno de los cantantes pop del momento: Putochinomaricón.



«El plato tiene su origen en Estados Unidos, cuando los chinoamericanos que trabajaban y eran explotados en la construcción del Ferrocarril Transcontinental, por supervivencia, recogían las sobras de comida que tiraban los jefes de la obra. Y con esos restos y la cantidad de arroz que les daban diariamente, crearon el arroz tres delicias.

»Siento que todos los que hemos sido considerados minorías compartimos una historia parecida. Con las sobras, los restos, los escupitajos, el racismo, la misoginia y la homofobia nos hicieron pedacitos, pero luego nos recompusimos y nos hicimos más fuertes. Este libro trata sobre ese momento crucial en el que uno decide deconstruirse y apropiarse de esos pedacitos.»

PCM es músico, artista de performance, productor.
PCM es kitsch, feísta, costumbrista, pop.
PCM es reivindicación.
PCM es rabia y enfado, alegría desmesurada.
PCM es migrante racializada disidente sexual.
PCM es música electrónica que escucharías en un Bazar en el año 3000.
PCM surge porque tu revolución no me interesa si no puedo bailar.
PCM vino para molestar.

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, Chenta Tsai Tseng
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Ruxandra Duru
Fotografía de portada: Archivo del autor

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17001-90-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Arroz tres delicias

I. Arroz tres delicias
II. No, pero ahora en serio
III. La Power Ranger amarilla
IV. El Chinito Chin-Chun-Fa
V. Chinito de amol
VI. Luis Tseng de Los Piston
VII. I .Y. Yunioshi
VIII. El episodio del cachorro
IX. B-A-N-A-N-A-S
X. Has nacido para esto
XI. Bad Puppy
XII. 孽子 *Nie Zi* – Los chicos de cristal
XIII. *Tongzhi*
XIV. Tribus urbanas y los *heavies* de la Gran Vía
XV. Recreación de la primera vez que salí del armario con alguien a los catorce años
XVI. Sk8rboi8
XVII. A/S/L
XVIII. El niño soprano
XIX. Recreación de la última sesión con mi terapeuta
XX. Te han engañado como a un chino
XXI. Charla de almohada I
XXII. Mi abuela, el colorismo y la blanquitud
XXIII. Nunca he probado chino
XXIV. Y a ti, ¿te gustan los chicos?
XXV. Amor de *copy-paste*
XXVI. La jirafa que pastaba
XXVII. Huevos cocidos: una carta abierta
XXVIII. Puto chino maricón
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Putochinomaricón
Créditos